

Eva Gonzay —  Julia C. Brown

DOCTORA Mayot



DOCTORA MAYOT
EVA GONZAY
&
JULIA C. BROWN

Copyright © 2024 Eva Gonzay & Julia C. Brown
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Twitter: @EvaGonzay

TikTok: eva.gonzay

Instagram: @juliabrown_writer

TikTok: juliabrown_writer

Safe creative: 2410139788300

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

Libro número 3 de la saga Urgencias



CAPÍTULO 1

—Ya es todo mío —dice Sandra Cruz con el móvil pegado a la oreja mientras se sienta en el suelo de su nuevo apartamento.

Después de pasar tres semanas en el incómodo sofá de la casa de su mejor amigo, la agente Cruz ha cerrado, por fin, un contrato de alquiler en un piso en el centro de Madrid. Sandra, una sevillana acostumbrada a la calidez de su tierra, vivió un auténtico infierno desde el momento en que aprobó las oposiciones para Policía Nacional y le asignaron su primer destino. Durante todo ese tiempo, contactó con al menos veinte inmobiliarias, vio once pisos y casi la estafaron dos veces. Los que ella se podía permitir, o estaban en zonas ruidosas o eran casi inhabitables, y estuvo a punto de tirar la toalla cuando recibió una llamada para decirle que habían elegido su solicitud y que le daban el apartamento. Sandra tuvo que hacer memoria para saber cuál era; un piso de treinta metros cuadrados, de una habitación, baño con un plato de ducha minúsculo y un salón que también es comedor y cocina. Es muy diferente a su casa familiar en Triana, pero no le importa, está feliz porque ya tiene un sitio en el que estar y en el que puede gozar de la intimidad que siempre le ha gustado.

En cuanto la agente inmobiliaria le entregó las llaves, previo pago astronómico de dos meses de fianza, uno por adelantado y la comisión que se llevan por haberle enseñado el piso durante pocos minutos, Sandra se marchó a su nuevo hogar y no dudó en llamar a Álvaro, su mejor amigo desde que tenían apenas cuatro años.

—Qué ilusión, amor. Me alegro mucho por ti —dice Álvaro bajándole el volumen a la tele. Está enganchado a los programas de corte rosa que ponen cada tarde.

Sandra sonríe y mira a su alrededor. El piso está vacío, solo tiene un colchón nuevo en el suelo que el dueño le compró a regañadientes cuando la agente de la Policía Nacional se quejó de la cama rota que pretendía dejarle. Tiene que comprar un canapé, pero sabe que de momento se las apaña con lo que tiene.

—Tengo que comprar de todo, pero eso será el fin de semana. Con la maleta que me he traído de tu casa tengo lo indispensable para pasar estos días —dice Sandra mientras bebe un trago de su botella de agua—. ¿Salimos a tomar algo?

—¡Me apunto! —suelta Álvaro levantándose de un salto, lleva todo el día aburrido en su piso.

—Paso por tu casa y de allí nos vamos al bar ese de mala muerte al que me llevaste la semana pasada.

—No será tan de mala muerte si quieres volver —zanja Álvaro con la ceja levantada.

Álvaro vive en la famosa calle Hortaleza, rodeada de bares que se mezclan con lo antiguo y lo moderno. Mientras Sandra estuvo en su casa, el chico la llevó por cada rincón de Madrid y, aunque la agente se queje de boca para fuera, en su interior no puede negar lo mucho que le gustaron sus calles, pero, sobre todo, que en tres semanas que lleva en la ciudad, ha follado más que nunca. Y es precisamente en ese bar de baños de dudosa pulcritud donde Sandra ligó por primera vez con una diseñadora irresistible que la hizo gemir desde que atravesaron el portal de su casa. No quiere volver al bar por eso, de hecho, Sandra huye de las mujeres que se quedan enganchadas a la primera y quieren repetir, simplemente quiere regresar porque allí sirven la caña doble más fría que ha probado en su vida.

—No sabes lo contento que estoy de que ya tengas tu piso —dice Álvaro estrujando a Sandra, como lo hace siempre, cuando la ve aparecer por su calle.

—Lo que querías era que te dejara el sofá libre para poder follar como un conejo con tu marido.

Álvaro suelta una carcajada estridente.

—Cariño, después de tantos años juntos eso ya se practica poco, en todo caso, quería el sofá para ver mi programa favorito y no esos documentales macabros que te encantan —dice y se engancha a su brazo para empezar a caminar.

Caminan varias calles, como siempre, hablando sin parar. Sandra Cruz atrapa miradas allá donde vaya, sobre todo de mujeres y, si en su Sevilla natal tenía éxito, en Madrid es una diosa. No se puede catalogar como una modelo de revista, pero la actitud evidente, su porte fuerte, piel tostada y el cabello rizado, hacen que la agente de la Policía Nacional sea un espectáculo a la vista. Cuando llegan al bar, piden dos cañas y se sientan en una de las mesas que encuentran vacías.

—¿Javi está en el trabajo? —pregunta Sandra por el marido de Álvaro.

—Hoy le ha tocado visitar la tienda del aeropuerto, en cuanto acabe, se unirá a nosotros. ¿Mañana te toca ir a la comisaría?

—Tengo que patrullar por la noche —suspira Sandra y le da un trago a su cerveza con tanta ansia, que vacía la mitad del contenido—. La buena noticia es que lo haré con el agente Cuéllar. Es buen tío.

A sus treinta y cuatro años, Sandra es la agente novata con más edad de la comisaría de su distrito. Ha entrado tarde al cuerpo de policía porque después de hacer muchos cursos, abandonar la universidad y no acabar la formación profesional a la que se matriculó, Sandra encontró su vocación y no dudó en estudiar y entrenar como nunca hasta que aprobó las oposiciones. Su vida personal no es muy diferente, no ha encontrado todavía lo que la motive en el plano amoroso, se aburre con frecuencia y, aunque cree que el amor existe, siente que no es para ella. Ha salido con mujeres de diferentes edades y profesiones variopintas; artistas, abogadas, trabajadoras sociales y hasta *influencers*, pero ninguna ha logrado calar tanto en Sandra como para comenzar una relación, pierde el interés con rapidez y a menudo se siente vacía después del sexo, aunque eso no sea un impedimento para practicarlo.

Dos horas después y con unas cuantas cervezas encima, Javi se une a los dos amigos y se adentran por las calles de Chueca en busca de algo de música para bailar un

rato. Tienen claro que no quieren que la madrugada los pille en la calle, pero necesitan una copa y mover un rato el cuerpo. Se deciden por un garito que ya está pasado de moda, pero que les gusta porque no está atestado de gente, el precio de los combinados es decente y hay toda clase de personas disfrutando de la noche.

—Tres rones cola, por favor —pide Sandra a un camarero sin camiseta que se mueve de un sitio a otro atendiendo a los clientes.

Brindan y se adentran a la pista para quedar en el medio del local. Los tres bailan el popurrí de canciones que suena por los altavoces gigantes y Javi, que no pierde detalle de nada, se da cuenta de que hay un grupo de chicas en la esquina que se ha fijado en Sandra y no le quitan el ojo de encima.

—Hoy triunfas —le dice Javi al oído—. Esquina izquierda, grupo de tres. Pero sobre todo la de la camiseta blanca.

Sandra no deja de sorprenderse ante la capacidad del marido de Álvaro para fijarse en todo lo que ocurre a su alrededor y con el más mínimo detalle.

—Esta noche, nada de chicas —zanja Sandra y sigue bailando.

Media hora más tarde, la agente de policía tiene las piernas de una chica pelirroja enredadas en su cadera. La música de fondo amortigua el sonido de sus besos y solo se separan cuando alguien golpea la puerta y grita desde fuera.

—¿Nos vamos a tu casa? —pregunta la pelirroja sin aliento—. Yo estoy en la ciudad de vacaciones y no puedo llevarte a casa de mi tía.

Sandra valora si aceptar la propuesta. Su casa apenas tiene un colchón y está segura de que cuando todo termine, se sentirá igual que siempre. Pero esos ojos verdosos y su entrepierna le están gritando que necesitan una buena dosis de oxitocina para continuar viviendo. Así que deja de pensar, le coge la mano y salen del baño con la intención de buscar a Javi y Álvaro para después marcharse del bar.

—Me voy —dice Sandra al oído de Álvaro mientras Javi la observa con suficiencia y sorbe su pajita.

—Mándame un mensaje en cualquier momento que tengas las manos desocupadas —dice Álvaro, que es dos meses mayor que ella y cree que tiene la responsabilidad de cuidar de su mejor amiga.

Sandra le guiña un ojo y sale del local con la pelirroja pegada a su espalda. Su casa no queda tan lejos, pero caminando tardarían media hora y en metro unos quince minutos. Lo está decidiendo cuando su acompañante se adelanta, para un taxi y la arrastra dentro con ella. Sandra no sabe cuánto tardan porque la chica no para de besarla y cuando se da cuenta, está intentando abrir la puerta de su portal para subir al apartamento.

—Llevas mucha ropa —jadea la pelirroja metiendo las manos por debajo de la camiseta que lleva la agente Cruz.

Sandra no habla, tiene la boca muy ocupada para eso. Le devora el cuello mientras la va llevando al baño, entre tumbos, porque de ninguna manera va a intimar con ella sin pasar antes por la ducha.

—Me acabo de mudar y aún no tengo nada —explica Sandra ante la falta de una

cortina en la ducha.

Como pueden se lavan y, desnudas con los pies y sus sexos bastante húmedos, van directas a la habitación. La pelirroja suelta una risa que a Sandra le parece preciosa cuando ve el colchón plastificado en el suelo sin siquiera una sábana. La agente Cruz sonríe, le da un beso en los labios y abre su maleta porque, como buena madre, su progenitora le hizo meter un juego completo de cama antes de salir de Sevilla.

—Me gusta mucho tu color de piel —dice la desconocida lamiendo el torso de la policía.

—Si pruebas un poco más abajo, te gustará más —contesta Sandra abriéndose todo lo posible y dirigiendo la cabeza de la chica a su entrepierna.

La pelirroja no se lo piensa y, con habilidad, chupa los pliegues de Sandra y no tarda en introducir un par de dedos que hacen que la agente empiece a gemir de placer.

—Hazlo más fuerte, voy a correrme y quiero sentir tus dedos muy adentro —exige Sandra, jadeando y con los ojos casi en blanco.

En cuanto se recupera, empieza a devorar a su compañera. Lo hace con calma, saboreándola entera y disfrutando de cada palabra que suelta la chica cuando Sandra toca la tecla correcta. Durante un buen rato, se disfrutan la una a la otra y la agente está pletórica porque después de mucho tiempo, no siente esa desazón cuando el sexo está acabando.

—Gírate, tienes un culo precioso y sería un pecado no correrme con él —dice Sandra y la chica se da la vuelta y baja su mano para masturbarse mientras la policía se restriega con fuerza.

Dos veces se ha equivocado Sandra esa noche. La primera al decir que ese día no habría chicas y la segunda cuando ha pensado que no sentiría el vacío que la acecha en medio de la noche después intimar con alguien. Allí está, mirando al techo de su habitación mientras la pelirroja, ajena a todo, duerme plácidamente. La agente Cruz tiene una mezcla de rabia, dolor y confusión, no comprende por qué se siente así y parece que cada vez va a peor. No recuerda la última vez que disfrutó con plenitud de un romance, un lígüe o un polvo pasajero. Gira el cuello y observa a su compañera, es guapa, divertida y buena amante, pero, aun así, solo quiere que se marche de su casa y no volver a cruzarse con ella. Suspira y cierra los ojos con fuerza antes de tocarle el hombro con delicadeza.

—Lo siento —dice Sandra cuando su acompañante abre los ojos con dificultad—, me han llamado del trabajo y me tengo que ir.

—¿Ahora? —pregunta con voz pastosa.

—Sí, es que soy policía y me necesitan en comisaría —miente Sandra poniéndose de pie y abriendo la maleta que está tirada en un rincón.

La chica parece que se ha tragado la mentira porque empieza a vestirse con rapidez para que la agente pueda ir a resguardar a los ciudadanos.

—Me ha encantado conocerte —dice la chica acercándose a Sandra para besarla.

La agente se tensa porque, aunque disfruta de esa despedida, teme que pase lo mismo de siempre; que le pidan su número de móvil para una cita u otro encuentro

sexual.

—Cuando vuelva por Madrid, espero volver a coincidir contigo —sigue la pelirroja, le guiña un ojo y sale del apartamento.

Sandra sonríe porque no ha tenido que pasar por el incómodo momento de dar una negativa. Se va de nuevo a su habitación y se tumba en el colchón, suspira y cierra los ojos. Es como si se hubiera quitado un peso de encima y no tarda más de cinco minutos en quedarse profundamente dormida.

CAPÍTULO 2

—Morgan, no te levantes —ordena Antonia Mayot mirando por el espejo retrovisor de su coche tras pararse en un semáforo.

Morgan, un labrador de nueve años de color marrón chocolate, obedece y mira a su dueña ladeando la cabeza lentamente, haciendo que la doctora Mayot se sienta estúpida. Antonia sabe que se está preocupando más de la cuenta, pero hace apenas un mes que operaron a Morgan de una rotura de ligamento en una de sus patas traseras y cada vez que el perro se mueve, ella no puede evitar pensar que se va a hacer daño.

El semáforo se pone en verde y Antonia reanuda la marcha hasta que por fin llega a la zona residencial donde vive su exmarido. Se baja del coche y deja salir a Morgan, que espera tranquilo junto a ella mientras su dueña abre el maletero y coge la mochila en la que lleva las cosas de su perro. Después, lo pasea un poco por el parque que hay enfrente para que haga sus cosas y, finalmente, se acerca al portal y llama al timbre.

Pedro ni siquiera se molesta en preguntar, simplemente abre porque sabe que se trata de Antonia, que viene a dejarle a Morgan porque, tal y como acordaron cuando decidieron divorciarse, el perro viviría quince días con cada uno y ahora le toca a él por mucho que le pese a Antonia.

—Buenos días —saluda Pedro en cuanto abre la puerta de su ático.

Antonia le dedica una mirada de reprobación al verlo en calzoncillos y suelta a Morgan, que ignora a su dueño y derrapa para ir a la cocina porque sabe que allí le espera su cuenco con una lata de carne.

—Lo malcrías —dice Antonia.

Pedro se recuesta en el marco de la puerta y cruza los brazos, haciendo que sus pectorales, de por sí ya marcados, se junten y resalten. Antonia intenta recordar en qué momento se volvió tan presumido y es incapaz de hacerlo, aunque lo que a ella más le molesta es que, a pesar de que su relación está acabada porque él no fue capaz de serle fiel, cada vez que la ve trata de seducirla con esas poses estúpidas de macho alfa que tanto la repelen.

—Tú también, así que no te quejes —responde Pedro rascándose la barba de dos días.

Antonia no puede objetar nada ante eso porque quizá sea en lo único que su exmarido tiene razón.

—Toma, aquí está su manta, sus juguetes favoritos y la medicación. Recuerda que es una pastilla y media por la mañana de las que están en el bote, y puedes darle una de las otras si notas que le duele —dice Antonia entregándole la mochila.

—Que sí, Antonia —responde Pedro con una mueca burlona.

A Antonia le demuda el gesto y contiene las ganas de darle un empujón, porque si hay algo que soporta menos que el hecho de que Pedro intente llevársela a la cama cada vez que la tiene delante, es que la llame por su nombre de pila a pesar de que lleva cuarenta y cuatro años con él puesto. A Antonia nunca le ha gustado, prefiere cualquier diminutivo o que simplemente la llamen Mayot como hacía todo el mundo cuando estaba en la universidad, pero cuando su exmarido quiere sacarla de sus casillas, la llama por su nombre.

—Que te den, Pedro. Llámame solo si Morgan necesita algo —dice girándose para ir hacia el ascensor.

—Eh, espera —Pedro la sujeta por el brazo con tono meloso—, no te pongas así, que era una broma. Venga, entra y te tomas un café conmigo —añade acercándose demasiado.

Antonia suelta un resoplido al mismo tiempo que sacude el brazo para que la suelte.

—Tengo prisa, y vístete, que aquí hace frío y se te está encogiendo —suelta Antonia señalándole la entrepierna.

Pedro frunce el ceño y baja la vista hacia su bulto, cuando la levanta, Antonia ya está dentro del ascensor.

Poco más de media hora después, Antonia llega al Hospital Universitario Santa Lucía, tras haber dejado el coche en el aparcamiento gratuito que hay frente al hospital. Se dispone a cruzar el paso de peatones que se interpone entre ella y su trabajo cuando escucha un acelerón y ve aparecer un coche por su izquierda a tal velocidad, que su cerebro, que trabaja con más rapidez que el vehículo debido al estado de alerta en el que se ha puesto, calcula que le será imposible parar. Antonia reacciona por instinto y se tira al suelo, cayendo delante de un coche aparcado al lado del paso de peatones milésimas de segundos antes de que el vehículo pase sin tocar el freno y desaparezca de su vista.

Aturdida, escucha cómo varios testigos increpan al conductor entre gritos a pesar de que este ya está lejos hasta que nota que alguien la coge por debajo de los brazos.

—¿Te has hecho daño? —pregunta Olga Montoya, ayudando a Antonia a sentarse en la acera.

Antes de que pueda contestar, se agacha frente a ella la doctora Elena Silva y le sujeta el mentón mientras la observa con atención.

—Mira aquí —dice colocando su dedo índice frente a ella.

Antonia obedece, todavía un poco desorientada y presa de ese miedo incontrolable que provocan situaciones de peligro inmediato e inesperado como la que acaba de sufrir.

—Creo que estoy bien —logra vocalizar por fin mientras se mira las manos, que le tiemblan descontroladas hasta que la directora Olga Montoya se las coge con firmeza.

—¿Segura? —pregunta Olga—, quizá no te acuerdes, pero has rodado por el suelo —dice la directora, que justo caminaba junto a Elena por la acera y lo ha presenciado todo.

—Sí, solo me escuece un poco el codo —responde Antonia mientras los curiosos se van amontonando a su alrededor.

Elena Silva se levanta de golpe y los espanta con cuatro órdenes que hacen que Olga tenga que morderse el labio para no sonreír.

—Vamos a levantarte y entramos —decide Olga al ver que la gente solo se ha alejado, pero se ha detenido y sigue mirando.

—Sí, yo le curaré esa raspada del codo y la examinaré bien —añade Elena—. Menudo loco, seguro que iba hasta arriba de todo —teoriza la obstetra.

—Pues a mí me ha dado la impresión de que ha acelerado a propósito —dice la directora—, deberíamos llamar a la policía —añade mientras Antonia se levanta y empieza a caminar.

—Yo creo que no me ha visto —opina Antonia—. En cualquier caso, ¿alguna ha tenido tiempo de ver la matrícula? Porque yo no, desde luego.

Elena y Olga se miran y hacen una mueca de fastidio antes de cruzar la puerta del hospital junto a la doctora Antonia Mayot.

CAPÍTULO 3

—Doctora Mayot, la directora quiere verla. La está esperando en su despacho —le dice su enfermera cuando está despidiendo a un paciente.

Antonia mira la hora y frunce el ceño, es la hora de comer y le parece extraño que Olga Montoya quiera reunirse con ella en ese momento. Estira el brazo, aún dolorido por la caída, y camina por el pasillo hasta llegar al ascensor.

—Buenos días —saluda Antonia en la antesala del despacho de Olga.

Las cuatro personas que están allí responden al saludo de la doctora, pero a Antonia le causa especial molestia el de una chica que, recostada en la pared y fingiendo estar distraída con el móvil, ha levantado la mirada al escucharla y ha adoptado un gesto que a ella le ha parecido fuera de lugar, porque le ha dado un repaso como si quisiera comérsela y después ha seguido con lo suyo.

Ainhoa, la secretaria de la directora, le indica a Antonia que pase al despacho y, cuando lo hace, se encuentra a Olga hablando con una mujer de una edad similar que, evidentemente, es policía. No porque vaya con uniforme, es porque todo su cuerpo grita que está ahí para dar órdenes y que, además, está lista para la acción.

—Doctora Mayot, esta es la inspectora Ferreras —explica Olga en cuanto Antonia se acerca a ellas.

La oncóloga vuelve a fruncir el ceño, no entiende qué pinta allí una inspectora de la Policía Nacional si su incidente no ha pasado a mayores.

La mujer se levanta de inmediato y extiende una mano hacia Antonia.

—Doctora Mayot, soy Rita Ferreras y estoy llevando la investigación de un caso en el que usted se encuentra involucrada.

—No estoy entendiendo nada —dice Antonia descolocada.

—Según nuestras investigaciones, el intento de atropello que sufrió hace unos días no es un hecho aislado —explica la inspectora, que ha invitado a Antonia a sentarse—. Hemos detenido a un individuo vinculado con el descarrilamiento del tren de alta velocidad que ocurrió hace meses y que, por si fuera poco, está relacionado con el incendio en el hospital y el asesinato de tres de sus trabajadores.

Antonia se queda en silencio y con el pulso acelerado porque, aunque todavía no entiende qué tiene que ver ella con todo esto, esos incidentes no son para tomarlos a la ligera. Además, los recuerda perfectamente.

—Pudimos conseguir una orden para revisar la vivienda del individuo y con las pruebas que encontramos, llegamos a la conclusión de que todo lo que ha ocurrido, es

por la muerte de una paciente en este hospital —sigue explicando la inspectora.

Antonia mira a Olga, que permanece con ese semblante tan suyo sin mostrar nada que al menos la ilumine.

—Sigo sin entender qué tengo que ver yo con todo esto, inspectora —dice Antonia y se pasa los dedos por los ojos en un gesto que denota cansancio mental.

La inspectora suspira como si tener que explicar todo esto al detalle le pareciera una pérdida de tiempo.

—Lo que sabemos es que hay dos hombres, hermanos entre ellos, que buscan acabar con todo aquel que estuvo relacionado con la muerte de su madre. Lo que tiene usted que ver —Rita Ferreras la señala—, es que operó a esta mujer y, aunque la cirugía salió bien, no aguantó la fase de recuperación y acabó falleciendo unos días después.

Antonia siente como un latigazo caliente la golpea en el pecho. En su trabajo como oncóloga ha visto fallecer a muchos pacientes y, en varias ocasiones, los familiares no se lo han tomado bien e incluso han interpuesto una querrela, pero de ahí a que alguien atente contra su vida, es algo que nunca le ha pasado por la mente.

Olga Montoya abre los ojos de forma desproporcionada, la inspectora la estaba poniendo al día con el caso cuando Antonia ha llegado a su despacho, pero no había llegado a la parte en la que alguien había ideado un plan para quemar el hospital y matar a la oncóloga.

—No comprendo nada —dice Olga—. Ha dicho que esos dos hombres son también responsables del accidente de tren, del incendio y los asesinatos del hospital. ¿Cuál es la relación con su madre?

—Parece complicado, pero es muy simple cuando se unen todas las piezas —explica Ferreras—. En el tren viajaba el antiguo director del hospital y el incendio pudo ser un intento de acabar con la doctora Mayot a lo grande, llevándose por delante a todo el que pudieran, solo que no les salió bien.

Antonia está perpleja.

—¿Qué tiene que ver el antiguo director? —sigue preguntando Olga.

—Cuando estos individuos denunciaron a la doctora Mayot, el señor Sánchez abogó por ella y la querrela no llegó muy lejos —explica la inspectora, enfocando a Olga y sacando una libreta para repasar unas notas—. Según tengo entendido, se hizo una investigación, pero determinaron, rápidamente, que la muerte de Ingrid Valdivieso no fue por una negligencia médica. Así que, supongo que, para estos dos hermanos, él es tan responsable de la muerte de su madre como la doctora Mayot.

Al escuchar ese nombre, Antonia da un respingo en su silla. No había caído en cuenta que, en todo el rato que llevan hablando, no había preguntado quién era esa mujer por la que sus hijos habían jurado venganza. La recuerda muy bien porque lamentó su muerte y tuvo que pedir un par de días libres tras conocer que había fallecido.

—Ingrid era una mujer mayor con un cáncer extendido en estado de metástasis, sin embargo, cumplía con los requisitos para someterse a una cirugía —Antonia suspira y niega con la cabeza—. Le aconsejé que no entrara en el quirófano, su condición física no era buena, fumaba demasiado y estuvo muchos años enganchada a la bebida. Ella insistió

en que necesitaba estar sana porque no podía dejar a sus hijos solos.

La inspectora Ferreras asiente mientras toma notas en su libreta, pero Olga, cuya mente trabaja a toda velocidad tratando de montar ese rompecabezas del que habla la inspectora, tiene demasiadas dudas.

—¿Sus hijos solos? ¿Qué edad tienen para ser tan dependientes de la madre? —pregunta descolocada.

Rita Ferreras le dedica una mirada complacida, pensando que quizá la directora, se ha equivocado de profesión y debería ser investigadora.

—Le aseguro que no son unos niños. Son hermanos gemelos, tienen treinta años, pero al parecer son unos completos vagos que vivían a costa de la madre, y supongo que perderla ha sido un problema de recursos más que algo doloroso —contesta Ferreras.

—Increíble —masculla Olga, indignada.

La inspectora se gira hacia Antonia.

—¿La madre le dijo algo más? Intente recordar porque, aunque haya datos que le parezcan una tontería, para la investigación pueden ser importantes.

Antonia hace memoria y se toma unos minutos para pensar.

—Estuvo en la consulta pocas veces, al principio hablaba lo justo, pero Ingrid aguantó dolor durante mucho tiempo antes de venir al hospital. Cuando acudió a nosotros, la enfermedad había avanzado mucho y como ya le dije —repite Antonia—, era una mujer con una salud muy deteriorada y, aunque podíamos operarla, había muchas probabilidades de que saliera mal. Pero ella insistía en que sus hijos la necesitaban porque sin ella estarían perdidos.

—Si usted consideraba que lo mejor era no operar, ¿por qué lo hizo? —pregunta Rita Ferreras con firmeza.

—Inspectora —alza la voz Olga—, ¿está aquí para acusar a la doctora Mayot de hacer su trabajo o para protegerla de quien quiere atentar contra su vida?

—No es mi intención increparlas, directora, pero mi trabajo también es conocer todos los detalles y el motivo de las decisiones que se tomaron.

—No se le puede negar una intervención a alguien por una percepción, inspectora —contesta Antonia con expresión pétrea—. Mis años de experiencia me decían que Ingrid Valdivieso no iba a superar la cirugía, pero eso en un comité médico no vale. Se le practicaron todos los exámenes preoperatorios y eran correctos. Si se le operaba, tenía la posibilidad de seguir con vida varios años más.

—¿Qué sigue ahora, inspectora Ferreras? —pregunta Olga, que no piensa permitir que la policía intente convertir a su médica en un chivo expiatorio.

—La doctora Mayot tendrá vigilancia las veinticuatro horas —dice Rita y guarda su libreta—. Tenemos en custodia a uno de los hermanos y no abre la boca pese a todos nuestros intentos. El otro anda suelto y tenemos razones para pensar que sigue con su plan de atacarla.

—Me niego a perder mi privacidad solo porque habéis llegado a esa conclusión —dice Antonia y se levanta de la silla—. Seguramente ese hombre se ha marchado de la

ciudad después de que atraparan a su hermano.

—Siéntate, Antonia —exige Olga y a la oncóloga la rabia le sube hasta la garganta—. Deja que la inspectora se explique.

Rita Ferreras esboza una sonrisa casi imperceptible, está fascinada por la personalidad de la directora Montoya.

—Esa gente no tiene objetivos en la vida, doctora Mayot, y en sus mentes perturbadas, usted les arrebató lo único que les importaba —dice la inspectora mirando a Antonia a los ojos—. Ahora se ha convertido en el propósito que los mantiene vivos y créame, no van a parar hasta conseguir lo que buscan.

Aunque Antonia siente un escalofrío, no demuestra su miedo. Nadie la verá asustada.

—Cuando recibimos la denuncia por el intento de atropello y pudimos unir las piezas del caso —sigue explicando la policía—, hubo muchas llamadas de muy arriba. Es usted muy querida, doctora Mayot, parece que le ha salvado la vida a algunos de los nuestros, incluyendo al jefe de la Policía Nacional en Madrid, así que la prioridad de protección es máxima. Hasta que no atrapemos al prófugo, usted estará siempre acompañada por una de nuestras agentes y cuando esté en su casa, una patrulla la estará custodiando.

—Agradezco todas las molestias, inspectora, pero valoro mucho mi intimidad. No creo que...

—Tienes dos opciones, Antonia —interrumpe Olga Montoya ganándose una mirada de desaprobación parecida al ataque de cien cuchillos—. O aceptas la vigilancia o estás suspendida de empleo y sueldo hasta que finalice la investigación.

La oncóloga achina la mirada.

—No puedes hacer eso, Olga —rebate Antonia, enfadada.

—Sabes que sí. El comité lo aprobará porque representas un peligro para tus compañeros si eres el objetivo de un maníaco que busca venganza —suelta Olga con tranquilidad, uniendo las manos sobre su escritorio. Busca que Antonia reaccione.

—No me lo puedo creer —sisea la doctora Mayot y se aprieta con fuerza el puente de la nariz.

—Entiendo que no quiere esa suspensión —dice la inspectora, dando por sentado que Antonia ha aceptado la vigilancia y se pone de pie para acercarse a la puerta del despacho y abrirla.

La directora y la oncóloga la siguen con la mirada y Antonia siente un vacío en el estómago cuando al despacho entra la mujer que estaba fuera cuando ella ha llegado, la misma que le ha lanzado esa mirada extraña que la ha desconcertado por completo.

—Esta es la agente Sandra Cruz —explica Rita Ferreras—. Es quien va a acompañarla durante el día, doctora Mayot. Como le dije, una patrulla se encargará del turno de noche.

Sandra enfoca a Antonia y sonríe triunfante, está vestida de paisano y la doctora Mayot no la asoció con el cuerpo de seguridad. Quiere protestar porque no quiere estar cerca de esa mujer, pero sabe que Olga Montoya cumplirá su amenaza, así que no le

queda otra opción que aceptar, pero tiene bastante claro que pondrá en su sitio a su recién nombrada escolta.

CAPÍTULO 4

—Perfecto —ironiza Antonia—. ¿Algo más o puedo marcharme? —pregunta mirando a la directora Montoya.

Olga dirige su mirada hacia la inspectora por si esta tiene que decir algo más, pero ante su mutismo, le hace un gesto de asentimiento a Antonia y esta se da la vuelta y camina tan deprisa hasta la puerta, que coge a Sandra desprevenida y la deja plantada como un pino.

—¿A qué espera, agente Cruz? —ladra la inspectora sin darle tiempo a reaccionar.

Sandra parpadea y corre hasta la puerta, cuando la cruza, divisa a Antonia Mayot caminando con elegancia frente a ella y tiene que acelerar el paso hasta situarse detrás. Lo que no sabe la agente, es que Antonia sonríe porque ha escuchado la reprimenda de la inspectora y siente que, de algún modo, ha comenzado una batalla con la agente Cruz y ella va ganando. Camina sin girarse hasta que llega a su consulta pensando que allí estará a salvo, pero escucha horrorizada que Sandra ha entrado con ella, lo que hace que se detenga en seco y se gire hacia la agente.

—Que te quede muy claro —suelta en tono amenazante, haciendo que Sandra levante las cejas y sea incapaz de detener la sonrisa de satisfacción que se dibuja en sus labios ante la demostración de carácter de la doctora, algo que le encanta—. Tú y yo no vamos a follar nunca —aclara Antonia.

El comentario hace que la boca de Sandra dibuje un círculo perfecto porque no se lo esperaba, y la atracción que ya ha sentido por Antonia cuando la ha visto llegar a la antesala del despacho de la directora —sin saber que ella era la mujer a la que debía proteger— se acaba de multiplicar por cinco.

—¿Qué te hace pensar que quiero follar contigo? —pregunta entre intrigada, divertida y excitada.

—La mirada descarada que me has echado antes —responde Antonia—. ¿Crees que no me he dado cuenta? Menuda forma de trabajar, qué poca vergüenza.

Sandra carraspea y se pone seria. En el fondo es muy consciente de su metedura de pata. Pero en su defensa ha de decir que estaba distraída esperando junto a la puerta tal y como la inspectora le ha pedido y cuando ha visto entrar a esa mujer en la sala, los ojos se le han ido. ¿Cómo iba a saber ella que se trataba de Antonia Mayot? Con ese nombre, Sandra se había imaginado a una carcamal con aires de grandeza y un moño tan apretado que la hace permanecer con expresión tensa a todas horas, no a esa mujer atractiva de mirada penetrante que camina con la elegancia de una diosa griega.

—Está bien, me parece que hemos empezado con mal pie —dice Sandra que, ante

todo, quiere hacer bien su trabajo y sabe que eso empieza por mantener una relación cordial con su protegida—, me he pasado, Antonia, y...

—¿Te has pasado? Ni los albañiles de las obras miran así a las mujeres —rezonga Antonia interrumpiéndola—, y ni se te ocurra volver a llamarme Antonia —amenaza iracunda.

Sandra sabe que debería asentir y cerrar la boca, pero cuanto más se enfada Antonia, más le gusta, no puede evitarlo.

—Me parece un poco exagerado decir que te he mirado como un albañil —se defiende la policía—, ellos lo hacen con un deseo lascivo y asqueroso, yo lo he hecho con admiración, realmente me ha impresionado tu belleza.

Antonia ya tenía preparado su siguiente ataque, pero la respuesta se le congela en la boca cuando escucha a Sandra, que sabe que acaba de anotarse un punto.

—¿Por qué no puedo llamarte Antonia? —pregunta la policía para intentar dejar zanjado ese tema y calmar la tensión.

—Porque no —bufa Antonia y Sandra la mira descolocada.

—De acuerdo, ¿y cómo debo llamarte entonces? ¿Señora Mayot?

—Mayot es suficiente. ¿Por qué sigues en mi consulta? —pregunta Antonia y Sandra parpadea confusa.

—Porque debo estar contigo durante el día, ¿recuerdas? Mis órdenes son no separarme de ti, y pienso cumplirlas.

—¿Aquí dentro? Ni hablar —dice Antonia, negando también con el dedo índice de su mano derecha, donde Sandra clava la mirada quedando hipnotizada porque le encantan sus dedos—. Existe algo que se llama confidencialidad entre médico y paciente, así que te quedas fuera.

Sandra tuerce el gesto, pero acepta porque sabe que tiene razón e intuye que, si trata de discutir con la doctora, acabará perdiendo. Antonia la mira mientras sale de su consulta y se queda quieta unos instantes cuando la puerta se cierra. Sandra Cruz la saca de sus casillas, pero también tiene algo que la intriga y no está segura de que eso sea bueno.

Durante las siguientes horas, los pacientes van pasando a la consulta y cada vez que uno sale de ella, Sandra se asoma al interior y se asegura de que todo sigue en orden. Eso, lentamente, va acabando con la paciencia de Antonia, que no logra acostumbrarse a esa invasión de su espacio.

—¿Quieres entrar y tomarme las constantes para ver si respiro? —suelta una de esas veces.

Con su comentario sarcástico y estúpido, Antonia esperaba espantar a Sandra y que no volviera a molestarla, pero lo que logra es arrancarle una sonrisa espontánea a la policía que a Antonia le parece tan encantadora que empiezan a preocuparle las contradicciones que siente con respecto a la agente.

Cuando por fin termina un turno que le ha parecido interminable y algo extraño, Antonia sale de la consulta y camina con diligencia hacia la salida, tratando de ignorar el sonido de los pasos de Sandra Cruz a sus espaldas. Se repite mentalmente que solo tiene

que llegar hasta su coche y subirse, entonces será libre y no tendrá que ver a la policía hasta el día siguiente, pero Antonia se equivoca en algo, porque cuando abre la puerta de su monovolumen y se sienta, no le da tiempo a abrocharse el cinturón cuando la puerta del acompañante se abre y la agente Sandra Cruz se sienta a su lado.

—¿Qué demonios estás haciendo? —se exaspera Antonia.

—¿De verdad te lo tengo que explicar tantas veces, Mayot? —pregunta Sandra—. No puedo separarme de ti.

—Pero este es mi coche, mi espacio —señala haciendo aspavientos con las manos—, coge el tuyo y me sigues.

—No son las órdenes que tengo. Ir contigo es más seguro, de otra manera, podría perderte de vista.

Antonia la mira sin decir nada, imaginándose así misma inclinada hacia delante mientras abre la puerta del acompañante y empuja a Sandra fuera de su coche. Por un momento, siente la tentación de hacerlo, pero después recuerda las amenazas de Olga Montoya, suspendiéndola de empleo y sueldo si no acepta la vigilancia de la policía, y quedarse en su casa encerrada, sin duda es mucho peor que soportar la presencia de Sandra.

Pone el motor en marcha y conduce hasta su edificio en absoluto silencio, ignorando a la policía por completo.

—Dime que no vas a seguirme hasta mi apartamento —dice Antonia cuando está abriendo el portal de su edificio y descubre con espanto que Sandra está pegada a ella.

—Lo siento, pero debo asegurarme de que tu apartamento es seguro.

—¿Vas a entrar en mi casa? —pregunta indignada—. ¿Qué pasa con mi intimidad? —pregunta mientras suben en el ascensor.

—¿Prefieres entrar y encontrar a ese tipo dentro? —responde Sandra.

Por primera vez, a Antonia la invade una sensación de terror que no quiere que se repita. Su casa es su templo de seguridad y no quiere que nada altere eso.

—Espera aquí —dice Sandra cuando Antonia abre la puerta del apartamento.

Antonia la ve entrar con cautela mientras se levanta la parte trasera de la camiseta, dejando a la vista una pistola en la que Antonia no ha reparado en ningún momento.

—La leche —susurra, siendo consciente de la gravedad de su situación.

Un minuto después, Sandra sale.

—Puedes entrar, está todo en orden. Mientras estés en casa, habrá una patrulla en la calle vigilando la entrada. Si tienes que salir, debes avisar al número de teléfono que hay en esta tarjeta —dice Sandra entregándole una tarjeta blanca.

—Qué fuerte —farfulla Antonia, cogiéndola a regañadientes.

—Doctora, esto es serio, así que, hágase un favor y sea buena —le advierte Sandra.

A Antonia le hierva la sangre. Detesta que alguien como Sandra le dé órdenes. Además, ha notado cierto tono chulesco en su comentario. Sin duda, si trabajase para ella en el hospital, la pondría en su sitio y dejaría claro quién manda.

CAPÍTULO 5

—Joder, qué sed tenías —suelta Álvaro cuando ve a Sandra beberse media cerveza de un trago.

—Lo necesitaba —dice la agente Cruz y deja el vaso sobre la mesa para ponerse cómoda en el sofá del bar en el que están.

—¿Mucho trabajo? —pregunta Javi mirándola con interés.

—La verdad es que sí —contesta Sandra—, pero estoy contenta. He de decir que pensaba que, por mi edad y siendo la novata, me pondrían a patrullar o incluso a custodiar cualquier sitio en horario nocturno.

—¿Y qué es exactamente lo que haces? —vuelve a preguntar Javi, que de los dos es el más cotilla.

—Protección personal —dice Sandra, críptica, y sus amigos levantan las cejas—. Hay una investigación abierta y una doctora podría estar en peligro. Formo parte del equipo que cuida de ella, aunque yo estoy todo el día prácticamente a su lado.

—¡Qué excitante! —aplaude Javi eufórico.

—¿Y qué pasa con esta doctora? —pregunta Álvaro, que conoce muy bien a Sandra y ha visto algo en sus ojos que no logra definir.

Sandra vuelve a coger su cerveza y la acaba del tirón. Levanta la mano y le hace señas a la camarera para que le traiga otra.

—¿Aparte de ser una creída y una insoportable? —pregunta Sandra ladeando la cabeza.

—Sí, aparte de eso —dice Álvaro y sonríe, irónico.

—Nada, está buena de cojones, pero no comenzamos con buen pie —suspira la agente Cruz recordando cuando vio por primera vez a Antonia Mayot—. No sabía que era ella mi protegida y, en cuanto pasó por mi lado, no pude evitar examinarla.

—¿Examinarla o comértela con los ojos? —pregunta Álvaro y Javi estalla en una sonora risotada.

Sandra hace una mueca, su mejor amigo es quien mejor la conoce y el chico sabe que, aunque la agente no actúa con mala intención, a veces le cuesta controlar sus formas.

—¿Habrás tema? —pregunta Javi formando un corazón con las dos manos y pegándolas a su pecho.

—Ni hablar —responde Sandra mientras niega con la cabeza—. Está buenísima, no

lo niego, pero se cree que está por encima de cualquier mortal. ¿Sabes qué fue lo primero que me dijo? —pregunta Sandra levantando las cejas y contestando sin dar oportunidad a que sus amigos abran las bocas—, que ella y yo no íbamos a follar.

—¿Sandra Cruz rechazada sin ni siquiera tener tiempo de lanzar el anzuelo? Esto es ver para creer —murmura Javi.

—Lo mejor es mantener las distancias —dice Álvaro, que siempre ha sido el más centrado—. Acabas de entrar al cuerpo de la Policía Nacional después de tirarte mucho tiempo estudiando y entrenando. No lo echas a perder por un polvo.

Sandra asiente, pero dentro de ella algo se ha movido. Quiere identificarlo como miedo al pensar que puede perder un trabajo que, por fin, le gusta de verdad, y descarta que ese leve temblor en su pecho sea porque no puede acercarse a la doctora Mayot de esa manera. Va a contestarle a su amigo, pero su móvil empieza a vibrar en el bolsillo del pantalón. Lo ignora, ahora mismo no tiene ganas de salir del bar y responder la llamada. Con sus padres ya ha hablado hace unas horas, que son los únicos por los que ella dejaría lo que está haciendo para atenderlos. El móvil sigue avisando que la llaman, así que Sandra lo saca para ponerlo en silencio y el corazón se le acelera cuando ve en la pantalla que es la inspectora Rita Ferreras quien la reclama.

—Buenas noches, inspectora —contesta Sandra mientras se levanta y escapa de la música que suena dentro del bar.

—Agente Cruz, sé que no está de servicio, pero Antonia Mayot acaba de salir de su apartamento sin avisar a la patrulla. Los compañeros están siguiendo al taxi en el que se ha subido, pero la necesito a usted cerca de ella cuando llegue a donde coño sea que se haya marchado.

La policía siente una mezcla de ira y algo parecido al miedo. Lo primero porque la doctora prepotente va por el mundo haciendo lo que le da la gana pese a que sus instrucciones fueron muy claras. Y miedo..., no lo sabe, no sabe por qué ese sentimiento le ha recorrido las venas por un momento si a Antonia acaba de conocerla y además no le cae muy bien.

—Cruz, ¿está ahí? —pregunta Rita Ferreras porque la agente se ha quedado en completo silencio.

—Sí, perdone, inspectora. ¿A dónde tengo que ir?

—Se lo diré en cuanto el equipo me lo confirme —dice la inspectora—. Esté atenta, ahora mismo el taxi va por la zona de Atocha.

—No se preocupe, inspectora, yo estoy en el centro y estaré preparada cuando usted me dé aviso —dice Sandra con firmeza.

La agente de policía vuelve al bar y les dice a sus amigos que tiene que trabajar. No les da demasiadas explicaciones, aunque no es un caso en donde tenga que guardar estricta confidencialidad, a Sandra le gusta la discreción y por alguna razón, no quiere desvelar muchos detalles de Antonia Mayot.

En cuanto Rita Ferreras la llama y le avisa de que han parado en un bar especializado en vinos ubicado en el barrio de La Latina, Sandra busca un taxi y, pese a que caminado tardaría media hora, el coche la deja en el punto indicado en menos de quince minutos.

—Está dentro de ese bar —dice uno de los agentes de la patrulla que custodia a Antonia Mayot—. El agente Flores está cerca de ella y la doctora no ha notado su presencia.

—Pues la mía sí que la notará —suelta Sandra cabreada y se gira para entrar en el bar.

En cuanto pone un pie dentro, se da cuenta de que es un lugar bien decorado con un ambiente tranquilo. Sandra toma nota mental para visitarlo en otra ocasión porque, aunque no es muy fanática del vino, esas tostadas con higos y queso que acaba de ver en una mesa han hecho que su estómago ruja y le recuerde que no ha cenado porque cierta doctora ha decidido salir a tomarse una copa.

Escanea el lugar y antes de divisar al agente Flores, observa a una muy sonriente Antonia Mayot compartiendo lo que parecen confidencias con otra mujer que la escucha con interés. No se lo piensa porque la ira y ese *no sé qué* han vuelto a ella y a paso acelerado, se acerca hasta la mesa.

—¿Qué parte de que tienes que avisar a la patrulla de que vas a salir de tu casa no has entendido? —suelta Sandra tratando de hablar lo más bajo posible.

Antonia se sobresalta por un momento y Marta, su excuñada y mejor amiga, abre los ojos como sartenes cuando observa la situación. La doctora Mayot mira a Sandra y en su interior sonríe con fuerza porque, aunque no lo ha hecho de forma intencionada, se ha saltado las reglas que la agente le había impuesto y eso, al parecer, la ha cabreado mucho.

—¿Me has oído? —pregunta Sandra porque Antonia ha desviado la mirada y no le contesta.

—No soy sorda —responde la doctora.

—Pues yo creo que un poco sí, porque te expliqué muy bien qué era lo que no podías hacer y aquí estás, tan tranquila, tomando una copa de vino como si un chalado no quisiera vengarse de ti.

—¿Qué pasa, Toñi? —pregunta Marta, que no es del todo consciente del peligro que su amiga corre. Antonia se limitó a contarle por encima que tendría vigilancia durante un tiempo por algo que ocurrió en el Hospital Universitario Santa Lucía.

—Es lo que te he contado —dice Antonia, parca en palabras.

—Pero me dijiste que no es nada grave —responde Marta, que ha dejado la copa de vino en la mesa y la enfoca con seriedad.

Sandra bufa y niega con la cabeza. No sabe quién es esa mujer y tampoco le importa —o de eso se quiere convencer— solo quiere que Antonia levante el culo de la silla y salgan de ese bar para poder ponerla a resguardo en su casa.

—Luego te lo cuento bien —zanja la doctora y bebe un trago de su copa de vino.

—Doctora Antonia —habla Sandra, que sabe que ella odia que la llamen por su nombre de pila—, le agradecería que me acompañara ahora mismo.

Antonia la acribilla con la mirada y con una pataleta silenciosa, se levanta y coge su bolso para sacar su monedero.

—Lo siento, Marta, tengo que irme. Ya ves que no puedo ni siquiera salir a tomar una copa en paz.

—Tranquila, cariño, ve, pero quiero que sepas que me debes una explicación —la señala Marta con el dedo y luego la abraza.

Antonia Mayot se despide de su mejor amiga y sale escoltada por los agentes Cruz y Flores como si fuera una artista de renombre. Pone los ojos en blanco cuando el otro policía enciende el vehículo y Sandra se adelanta para abrir la puerta trasera del coche.

—¿Tenemos que ir aquí? —pregunta la doctora sin entrar todavía.

—En la Policía Nacional aún no tenemos limusinas a disposición de los protegidos, pero piensa que es un Uber, al fin y al cabo, no tiene ningún distintivo que señale que es un coche patrulla —dice Sandra con un tono irónico que hace rabiar a Antonia.

Ambas mujeres se suben al vehículo y hacen el trayecto hasta casa de Antonia en silencio. Ni siquiera se han mirado, cada una va observando las calles desde sus ventanillas.

Cuando llegan, la patrulla las deja frente al portal y se van para instalarse en un punto que ya tienen elegido en donde pasan las noches haciendo guardia y observando la actividad de la calle. Sandra va pegada a la espalda de Antonia cuando entran al edificio, se suben en el ascensor y llegan hasta la puerta del piso.

—Espera aquí —exige Sandra mientras hace la rutinaria revisión del apartamento.

Unos minutos más tarde, la agente Cruz la avisa de que puede entrar. Antonia cuelga su bolso en el perchero y se quita las sandalias que lleva puestas. Sandra la examina unos instantes, la belleza de esa mujer la deslumbra, pero está segura de que, con esa actitud que tiene, ella jamás se hubiera fijado en la doctora Mayot. A Sandra le atrae más una personalidad afable y cariñosa que una cara bonita.

—Espero que sea la última vez que me sacas de un sitio y me dejas sin cenar porque te has saltado la seguridad —suelta Sandra, que no ha podido quedarse callada.

Antonia siente un vacío repentino en el estómago porque su intención no era causarle daño a Sandra, ella solo quería despejarse. Ha tenido un día horrible en el hospital y no tener un minuto de privacidad la estaba matando.

—Todo esto es por ti, por tu seguridad —sigue Sandra—. Espero que entiendas que tu vida está en peligro —dice la agente y sale del apartamento de Antonia Mayot dando un portazo.

CAPÍTULO 6

Ese sábado a Antonia se le ha hecho especialmente largo. No tiene claro si lo ha hecho por decisión propia o porque una diminuta parte de ella se sintió mal al desobedecer las órdenes y alterar la rutina de los policías, lo que incluye la de Sandra, pero hoy no se ha movido de su apartamento y ese es el motivo por el que cuando por fin suena el timbre, Antonia prácticamente está junto al telefonillo esperando con impaciencia. Aprieta el botón para abrirle a su excuñada, porque, después de la interrupción de anoche de la policía, se quedó con la intriga y esta mañana la ha llamado para pedirle explicaciones, a lo que Antonia, previendo que su fin de semana podía ser muy aburrido, ha respondido invitándola a cenar en su casa.

—Tienes que explicarme muy bien en qué andas metida exactamente, Toñi —dice Marta en cuanto entra—, un policía me ha pedido que me identifique en cuanto he pulsado el número de tu apartamento. Ha sido todo un poco como de película —añade sonriendo.

—¿En serio? —pregunta Antonia con el ceño fruncido—, esto me parece un poco exagerado —expresa cerrando la puerta.

Las dos mujeres acceden al salón y Antonia saca una botella de vino que vierte en dos copas antes de sentarse en el sillón orejero que tiene junto a la cristalera del balcón, girándolo hacia el sofá donde se ha sentado Marta.

—Bueno, cuéntamelo todo con detalles —pide su excuñada—, porque está claro que ayer me lo contaste muy por encima —dice y le dedica una mirada acusatoria.

Antonia sonríe levemente con una mueca traviesa que no puede evitar. Forma parte de su carácter ser esquiva en ciertos aspectos de su vida privada, sobre todo en los que no le parecen relevantes y, desde luego, el tema de tener protección policial para ella es más un inconveniente que una anécdota que contar. Aun así, tras armarse de paciencia, Antonia le relata a Marta todo lo sucedido desde que puso un pie dentro del despacho de Olga Montoya.

—No sabía que la policía pusiese este nivel de protección a los civiles —se sorprende Marta—, con patrullas en la puerta y un agente que se mueve contigo allá donde vas. Yo, desde luego, te dejaría encerrada en casa con vigilancia hasta detener al tipo.

—Bueno, no sé si es así siempre o se hace de otra manera, pero no hace mucho, operé al jefe de la policía y el hombre está bastante agradecido con el resultado. Al parecer, eso me otorga ciertos privilegios —explica la doctora.

—Qué fuerte —exclama Marta impresionada—. En fin, no me puedo creer que esos chicos te culpen a ti de la muerte de su madre, y mucho menos que hayan sido

capaces de cometer esas atrocidades para vengarse.

—Cuando la rabia te ciega, puedes ser capaz de cualquier cosa —contesta Antonia y da un trago de su copa para después mover el contenido que le queda dentro de ella y quedarse absorta.

Marta la mira sin parpadear.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —pregunta perpleja.

Antonia levanta la mirada de la copa y la clava en su excuñada.

—No te entiendo.

—Joder, Toñi, yo estaría aterrorizada y tú... —Marta la señala mientras trata de buscar las palabras adecuadas para describir su comportamiento—, no sé, pareces la mujer de hielo. ¿Cómo se te ocurrió salir de aquí sola ayer? Eres una irresponsable.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que paralice mi vida porque un loco la ha tomado conmigo? —se enfada Antonia—. La policía ya lo está buscando, solo es cuestión de tiempo que den con él. Además, habiendo detenido al hermano, probablemente estará escondido como una rata y lo último que hará será exponerse para atacarme.

—¿Te recuerdo que intentó atropellarte hace unos días? —rebate Marta dejando a Antonia sin argumentos—. Además, si tantas ganas tienes de salir de aquí, ¿por qué demonios no hiciste lo que te dijeron y avisaste a esa policía tan mona para que te escoltara?

—Mira, no me hables de esa policía —se altera Antonia, haciendo que todas las alarmas de Marta se activen de golpe.

—¿Qué pasa con esa policía? —pregunta entornando la mirada.

Antonia mira a su excuñada mientras piensa. El único detalle que le ha omitido de todo lo sucedido en el despacho de Olga Montoya, fue lo que pasó justo antes de que entrara: la mirada de deseo que le dedicó la agente Cruz cuando todavía no sabía que era ella la persona a la que debía proteger. Duda si contarle ese tira y afloja que tiene con la policía, pero antes de que tenga tiempo para decidirlo, su lengua ya se ha soltado y se lo explica todo a Marta, que se parte de la risa mientras la escucha.

—A mí no me hace ninguna gracia —protesta Antonia.

—Ese es el problema, Toñi, que últimamente a ti nada te hace gracia. Yo no veo dónde está el problema, la chica es guapa, además, me atrevo a decir que es tu tipo de mujer, ¿o me equivoco? —la provoca con expresión divertida, todavía sonrojada tras la risa.

—Tal vez sea mi prototipo de mujer físicamente, pero es una prepotente y bastante insufrible, jamás tendría nada con alguien como ella.

—Ay, Toñi —sigue riendo su excuñada—, ten mucho cuidado con lo que dices, que ya sabes que podrías tragarte tus palabras.

—¿Has venido aquí para apoyarme o para burlarte de mí? Ah, no, espera, has venido porque eres una chismosa —contraataca Antonia.

—Venga, no te enfades —apacigua Marta y se levanta para darle un beso en la mejilla—, si no quieres hablar de la policía, hablemos entonces de tus ligues, que ayer no

tuvimos tiempo. ¿Has quedado con alguien estas dos últimas semanas que no nos hemos visto?

Antonia levanta las cejas y tuerce la boca. Hace un par de meses tuvo un arrebató y se dio de alta en un par de aplicaciones de citas. Desde entonces, ha quedado con varias mujeres y siempre tiene historias de lo más variopintas que contarle a Marta, sobre todo porque nunca suele conectar con ninguna y con la única que lo hizo, resultó que estaba casada y solo buscaba un poco de aire fresco en un matrimonio que la estaba asfixiando.

—Pues la verdad es que no, he hablado con unas cuantas, pero viendo el éxito que tengo, cada vez tengo menos ganas, siento que pierdo el tiempo y que en estos sitios es muy difícil dar con alguien compatible conmigo —responde Antonia—, en cualquier caso, tampoco importa para echar un polvo, que al fin y al cabo es lo que busco.

—A lo mejor la poli guapa sí que es compatible contigo y lo único que ha sucedido es que habéis comenzado con mal pie —suelta Marta sin pensar.

—Pero vamos a ver, ¿no hemos quedado en que íbamos a hablar de otra cosa? ¿O es que te ha sobornado para que trates de convencerme? Porque tampoco me extrañaría —dice Antonia con los ojos en blanco.

Marta vuelve a soltar una carcajada.

—Que no, mujer, es que no sé, ya te he dicho que me pareció muy mona, y ahora que me has contado que está interesada en ti, pues pienso que hacéis muy buena pareja —dice sin más, encogiendo los hombros antes de tomar un sorbo de su copa.

—¿Crees que hacemos buena pareja? —pregunta Antonia intrigada.

—Sí, no la conozco, pero a ti te gustan las personas con el carácter muy marcado, independientes y seguras de sí mismas, y esa chica me dio la sensación de ser así, no como el atontado de mi hermano, que lo único que sabía hacer sin ti era ponerte los cuernos —dice y esta vez Antonia también la acompaña con las risas.

—¿Sabes que sigue abriéndome la puerta en calzoncillos cada vez que voy a llevarle a Morgan? —comenta Antonia—, me pregunto si madurará algún día.

—Lo dudo —concluye su hermana.

—En cuanto a la agente Cruz —vuelve al tema Antonia—, quizá sea todo lo que dices, pero su interés en mí te aseguro que solo está en echarme un polvo, si lo consigue, pasará a otra cosa.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Marta.

Antonia se encoge de hombros, porque la realidad es que no tiene nada con lo que argumentar una respuesta convincente.

—Bueno, aunque tengas razón, ¿tan malo sería que te echase un polvo? —sonríe Marta socarrona—, al fin y al cabo, es lo que buscas, ¿verdad? Porque Antonia Mayot no busca nada formal con las mujeres —dispara Marta, sabiendo que sus palabras han dado en la diana de la doctora, haciéndola reflexionar.

—¿Cenamos ya? —pregunta Antonia.

CAPÍTULO 7

—¡Joder! —suelta Antonia Mayot mientras tantea la mesilla de noche buscando su móvil, que suena sin parar con la melodía más horrible que ha escuchado jamás; la alarma del despertador.

Son las seis en punto de la mañana y la doctora, que no entra hasta las siete y media al hospital, ha decidido levantarse bastante antes para retomar su habitual ejercicio mañanero: salir a correr. Hace semanas que no lo hace, primero eran unos turnos agotadores a los que les seguía alguna cita romántica y ahora es el hecho de que un par de pirados han planificado hacerle daño porque, al parecer, es la culpable del fallecimiento de su madre. Los músculos le duelen y el malestar de la cadera, producto de una antigua lesión, ha vuelto para recordarle que, si no se mueve, hace estiramientos con frecuencia y practica deporte, el dolor dejará de estar controlado. Se pone unas mallas, una chaquetilla fina y sus zapatillas deportivas para tomar un café bien cargado y salir a correr por el parque que tiene detrás de su casa.

Sale del portal y el aire fresco de la mañana le hace suspirar. Una de las cosas que le gustan de hacer ejercicio a esa hora es que puede correr a gusto sin acabar calcinada por el calor sofocante del verano madrileño. En cuanto ajusta su reloj inteligente y se pone los cascos, empieza a hacer algunos estiramientos. Ha decidido que será un entrenamiento suave porque no quiere forzar demasiado su cuerpo. Como tiene la música de los auriculares a todo volumen, no escucha los pasos que se acercan a ella y cuando siente una mano en su hombro derecho, la doctora Mayot no puede evitar soltar un grito de pánico y llevarse la mano al pecho.

—Vuelves a salir sin avisar a la patrulla —dice la agente Sandra Cruz con el ceño fruncido.

A Antonia la recorre una corriente de ira mezclada con miedo.

—¿Qué demonios pretendes? —masculla Antonia—. ¿Matarme del susto?

—¿Has pensado que el tío que va tras de ti pudo haberte atacado ahora mismo?

La doctora chasquea la lengua e ignora a Sandra.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Antonia—. Se supone que tu turno comienza cuando voy al hospital.

Sandra Cruz saca del bolsillo de su pantalón su teléfono móvil, manipula la pantalla y luego gira el aparato para ponerlo frente a los ojos de Antonia.

—Como sigues haciendo lo que te da la gana, he pedido tu horario. Así nos evitamos errores cuando te pregunte a qué hora entras al siguiente día en el hospital. Llevo unos días viniendo más temprano porque, según he podido investigar, sales a

correr de forma habitual por las mañanas y estaba bastante segura de que saldrías un día de estos sin avisar.

Si la mandíbula de Antonia no estuviese bien sujeta, ya se le habría caído al suelo. No sabe si Sandra es muy astuta o simplemente es un grano en el culo, pero le molesta mucho que la poca privacidad que tenía se haya desvanecido de este modo. La doctora aparta la mirada, se gira y empieza a alejarse de Sandra con un trote suave.

La policía, incrédula, les hace una seña a sus compañeros indicándoles que seguirá a la doctora y que estén atentos a los móviles.

—Para, Antonia —pide Sandra—, y la coge por el hombro otra vez.

Antonia se sacude, furiosa.

—Te he dicho que no me llames por mi nombre —masculla la doctora con los dientes tan apretados que, en cualquier momento, podrían saltarle de la boca—. Por más que me repitas que corro peligro, no voy a detener mi vida por completo, agente Cruz. Está la patrulla frente a mi casa y te tengo a ti todo el día detrás. No puedo salir a tomar una copa o a cenar, ¿tampoco puedo hacer deporte?

—Puedes hacerlo en tu casa —zanja la policía con una seriedad aplastante.

Antonia levanta las cejas y niega con la cabeza. Vuelve a emprender su trote decidida a no parar. Sandra suelta un resoplido y se da varios toques seguidos en la frente buscando disipar el coraje que siente al ver que la doctora no valora su seguridad, parece que se tome todo esto como un juego sin entender que no solo su vida está en peligro, sino también la de aquellos que la protegen. Empieza a correr y, como si Antonia Mayot fuera la primera dama, la policía la sigue de cerca girando la cabeza de un lado a otro para comprobar que nadie se acerca.

Cuando llevan apenas cinco minutos corriendo, Antonia desea que vengan los bomberos y la transporten directamente hasta su cama. Las piernas le queman, suda a chorros y le falta el aire. Casi a su lado, va Sandra, con una apariencia fresca que denota que domina a la perfección el ejercicio. Su respiración es controlada y su gesto concentrado mientras observa todo el parque por el que están corriendo. De repente, Antonia se siente en inferioridad y piensa por un momento que no lo va a permitir. Acelera el paso para hacer varias carreras cortas, pero de gran velocidad. Jadea como un perro y tiene que doblarse un poco para que el oxígeno le llegue porque le ha dado tal flato que siente que se va a desmayar.

—Tranquila —dice Sandra y se para detrás de la doctora y la ayuda a incorporarse—. Trata de respirar solo por la nariz, todo lo profundo que puedas.

Sandra está pegada a su espalda y le ha puesto la mano extendida en la boca del estómago. El corazón de Antonia empieza a volverse loco y ella se asusta porque no sabe si es que le está dando un infarto por la carrera o es que la agente de policía la ha excitado. Aunque no desea que sea lo primero, lo prefiere antes de sentir algo por Sandra Cruz.

—Ya estoy mejor —dice la doctora Mayot y se separa de la policía.

—¿Volvemos a casa? —pregunta Sandra revisando la hora.

—Sí, no quiero llegar tarde a la consulta.

En cuanto entran al apartamento de Antonia, la doctora se adentra en el baño y deja a Sandra en el medio del salón. La agente, aunque no ha sudado, está acalorada y la ropa le molesta, pero no puede ir a su casa a cambiarse y le tocará estar con esa incomodidad todo el día.

Al cabo de quince minutos, Antonia sale vestida hacia la cocina para luego acercarse a Sandra con un vaso con agua.

—Te he dejado una camiseta y una toalla en el baño —suelta Antonia mientras le entrega el vaso a Sandra—, te da tiempo a ducharte mientras termino de arreglarme.

Sorprendida, Sandra no dice nada, solo asiente con la cabeza y se bebe el contenido del vaso. Cuando entra al baño, el perfume de Antonia le pega con fuerza en la nariz, es dulce con notas cítricas y a la agente no puede gustarle más. Lo observa todo con interés, aunque ha entrado allí varias veces, siempre ha sido de forma profesional para revisar que la casa estuviese segura. Se da cuenta de que Antonia le ha dejado dos toallas, una pequeña y otra más grande además de una camiseta negra. Sonríe porque, aunque Antonia Mayot no tenga una pizca de amabilidad con ella en el día a día, ahora mismo ha demostrado que en el fondo es diferente a lo que aparenta ser. Unos minutos después, Sandra se siente como nueva y sale del baño en busca de Antonia.

—Gracias por dejarme usar tu ducha, no me esperaba ese ataque de amabilidad —acaba Sandra con tono burlón.

A Antonia le irrita su voz de suficiencia y no duda en soltarle una de sus mejores perlas.

—Si vas a estar pegada a mí como una lapa todo el día, no quiero respirar mal olor. ¿Podemos irnos ya?

Sandra sonríe de medio lado.

—Como mande, doctora —contesta la agente Cruz y se encamina hacia la puerta.

—Mayot, ¿cómo te encuentras? —pregunta la doctora Elena Silva, que se la ha encontrado en uno de los pasillos del Hospital Universitario Santa Lucía.

—Mejor, ya casi no me duelen los moretones —contesta Antonia de una forma tan amable, que Sandra duda que se trate de la misma persona.

—¿Tienes un par de minutos para hacerte una revisión? —pregunta Elena cuando llegan a la puerta de la consulta de Antonia—. Si no lo hago, la directora Montoya me reñirá —dice la doctora tatuada a la vez que le guiña un ojo.

Antonia sonríe porque conoce de sobra el carácter de Olga Montoya, pero también ha visto cómo se vuelve una mujer más cordial cuando está cerca de su novia. Las tres mujeres acceden a la consulta y Elena se dedica a mirar las zonas del cuerpo lastimadas en el intento de atropello contra la doctora Mayot.

—¿Es tu chica? —pregunta Elena haciendo gala de su desparpajo mientras enfoca de manera rápida a la agente Cruz.

Antonia siente un zumbido en los oídos y abre los ojos de manera exagerada.

—Lo digo porque os miráis como si fuerais pareja —zanja la doctora Silva con tranquilidad mientras Antonia intenta que el aire le llegue a los pulmones—. Yo te veo

perfecta, Mayot, se necesitan muchos gilipollas como ese para poder joderte. Le diré a la directora que esos moretones son cosa del pasado —dice Silva, ajena a la tensión que su comentario ha desatado en Antonia.

Elena se despide de ambas mujeres y cuando cierra la puerta al salir, Antonia nota como Sandra Cruz está sonriendo abiertamente. La agente va a abrir la boca cuando Antonia levanta la mano.

—No quiero escuchar ni una palabra —ladra la médica.

Sandra no se amilana.

—¿De verdad piensas que es tan mala idea que estemos juntas? —pregunta levantando una ceja.

Antonia se queda callada unos segundos analizando si Sandra la está vacilando o, por el contrario, habla en serio. La doctora tiene dudas, pero no piensa jugársela y le devuelve la jugada. Se acerca a la policía y se pega tanto a ella que sus alientos se entremezclan.

—Si no fueras tan imbécil, quizá no sería tan mala idea —suelta Antonia mientras le pone dos dedos en el pecho de forma sensual—. Ahora, sal de mi consulta. Ya conoces las reglas.

Sandra se queda tan aturdida que, por un momento, las piernas han empezado a temblarle y el corazón ha iniciado una carrera de gran velocidad cuando Antonia la ha tocado. El cerebro le hace un cortocircuito de esos que causan que salten un par de fusibles y la casa se quede sin luz, pero se obliga a salir de ese estado porque ni quiere demostrar lo que ha sentido ni está actuando de forma profesional. Se da la vuelta y sale al pasillo mareada, pero con el firme propósito de solo ver a Antonia Mayot como a alguien a quien tiene que proteger y nada más.

CAPÍTULO 8

A Sandra el plan no le sale demasiado bien. Aunque ha logrado darle espacio a Antonia y apenas se ha asomado a la consulta un par de veces entre paciente y paciente, mientras esperaba vigilando fuera, su mente no dejaba de volver a ese momento en el que la doctora ha dejado claro que, de no ser por ese carácter suyo, probablemente ya se habrían liado.

La policía tiene la sensación de que se puede volver loca en cualquier momento. Su mente ahora es un hervidero de pensamientos demasiado confusos, pero entre todos ellos, hay uno que destaca por encima de todos, el de que Antonia le gusta a pesar de que es una mujer que la saca de quicio.

—Menuda manera de velar por mi seguridad —escucha Sandra de repente.

Las palabras de Antonia atraviesan sus oídos al mismo tiempo que ese aroma cítrico de esta mañana se cuela por sus fosas nasales. La doctora pasa frente a ella con la elegancia de una diva mientras sigue despotricando.

—Si así es como vigilas, mejor me voy sola. No sé para qué madrugas tanto y me sueltas el sermón de que debo avisaros de cada movimiento que hago si después te quedas en la puerta de la consulta con la mirada clavada en la pared de enfrente y una cara de tonta que entran ganas de sacarte del trance de un tortazo.

Sandra se despegaba de la pared como si la hubieran expulsado con un muelle. Está roja de vergüenza por su despiste, pero también de rabia por habérselo puesto tan fácil a una mujer como Antonia Mayot, que sabe que aprovechará cualquier ocasión para poner en duda su capacidad para defenderla y lo utilizará como argumento cada vez que decida hacer lo que le dé la gana.

—Si me dejaras trabajar cerca de ti, no me moriría de asco —se defiende Sandra, caminando a paso rápido para tratar de seguirle el ritmo a una Antonia que parece haber estado enchufada a una batería mientras estaba en la consulta.

—¿También tengo que ser tu bufón para que no te aburras? —pregunta Antonia mirándola de reojo—. Tal vez lo mejor sea que hable con la inspectora Ferreras para que me ponga a alguien más competente —dice deteniéndose frente al ascensor.

—Quizá sí —contesta Sandra con rabia, adelantando su mano para pulsar el botón del aparato—, tú tendrías contigo a alguien competente y yo no tendría que soportarte, sin duda, ganaríamos las dos, porque eres la mujer más impertinente e insufrible que conozco —suelta Sandra, tan enfadada, que parece que le falta el aire.

Antonia la mira de soslayo y no esconde media sonrisa de satisfacción que debería enfadar más a la policía, pero a Sandra le parece tan seductora, que tiene la sensación de

que la temperatura del hospital ha subido al menos diez grados.

—Adelante —dice Antonia cuando las puertas del ascensor se abren.

—¿Ahora pretendes ser amable? —bufa Sandra, que de manera protectora e instintiva, se ha colocado delante de la doctora hasta asegurarse de que no hay peligro dentro del habitáculo.

—Lo cierto es que no —suelta Antonia—, solo soy educada —dice y Sandra suelta un resoplido.

Durante todo el camino hasta el edificio de Antonia, ninguna de las dos abre la boca. Antonia simplemente se regocija observando las facciones de tensión que ha provocado en la expresión de Sandra. Está harta de la prepotencia de la policía y en cuanto ha tenido la oportunidad de atacar, Antonia ha ido con toda la artillería para bajarle los humos. Aun así, no está del todo satisfecha con el resultado, porque a pesar de que agradece el silencio de la agente, Antonia se acaba de dar cuenta de que cuando está seria y calladita, Sandra dobla su atractivo, y si la policía de por sí ya le llama mucho la atención por mucho que eso le pese, ahora la tiene hipnotizada.

Por su parte, Sandra trata de utilizar ese silencio para calmar los nervios y encajar como puede la crítica de Antonia que sin duda se merece, pero no lo consigue por dos motivos. El primero es que la doctora le ha herido el orgullo con sus formas y el segundo es que teme que Antonia Mayot, ahora la vea como alguien incompetente y ya no le resulte atractiva como antes. Ese último pensamiento es el que más le molesta, porque incluso en ese momento en el que Antonia se estaba metiendo con ella, una parte de Sandra solo podía pensar en agarrarla por un brazo, detenerla y cerrarle la boca con su lengua.

—¿Cómo te has hecho esos moretones? —pregunta Sandra recordando el encuentro de esta mañana con la doctora tatuada. Aunque la doctora Silva ha hecho algún comentario sobre las lesiones delante de ella, Sandra no tenía muy claro de qué iba la cosa.

Antonia la mira y agarra el volante con más fuerza cuando a su mente viene el comentario inoportuno de Elena Silva. Solo espera que la pregunta de Sandra no sea una artimaña para sacar el tema y devolverle el ataque.

—Me caí la otra mañana esquivando un coche que intentó atropellarme —contesta tan calmada, que Sandra tiene que mirarla dos veces para tratar de confirmar que no le está tomando el pelo.

—¿Lo dices en serio? —pregunta atónita.

Antonia aparca.

—¿Por qué iba a mentir? —responde mientras se desabrocha el cinturón.

—Porque eres Antonia, y a ti te da igual todo —suelta Sandra, cerrando de un portazo.

Antonia nota un pequeño temblor en las orejas provocado por la rabia al escuchar su nombre. Está segura de que Sandra Cruz lo ha hecho a propósito, por eso cuando pasa por su lado, ni siquiera la mira y la ignora como a un mueble mientras accede al edificio. La policía pone los ojos en blanco y la sigue con resignación.

—No debería preguntártelo, pero siendo tú, es mejor hacerlo —dice Sandra cuando termina de inspeccionar el apartamento de Antonia.

—Si consideras que no debes preguntar, lo mejor es que no lo hagas —responde Antonia, rozando el hombro de Sandra cuando ambas coinciden bajo el quicio de la puerta—. Es un consejo gratuito que te doy —añade la doctora—, ahora puedes irte.

Sandra detiene la puerta cuando Antonia la empuja para cerrarla y accede de nuevo al interior del apartamento.

—Te agradezco el consejo, pero te la haré igualmente —dice la policía con una sonrisita maliciosa que desquicia a Antonia.

—Sorpréndeme.

Sandra cierra la puerta antes de hablar, previendo que su pregunta hará enfadar a Antonia.

—¿Le has contado a la inspectora Ferreras lo de ese intento de atropello? Porque conociéndote a ti y al poco valor que le das a tu seguridad, seguro que te ha parecido un detalle insignificante que has decidido no mencionar.

En los dos segundos que Antonia tarda en responder, Sandra puede ver —con gesto satisfecho— como las aletas de la nariz de la doctora se expanden un par de veces producto de la ira.

—¿Por quién me tomas? —ladra irritada.

—Por lo que eres, una irresponsable —suelta Sandra con toda esa prepotencia que tanto la caracteriza—. ¿Se lo has contado o no? —insiste la policía, a la que solo le falta frotarse las manos para disfrutar plenamente del momento.

—Por supuesto que se lo he contado, al igual que le voy a contar lo incompetente que eres, ahora, lárgate de mi casa —ordena Antonia señalando la puerta.

—Claro, pídele que te ponga a otra persona —responde Sandra con chulería—, pero estoy segura de que me estarás echando de menos en cuanto salga por esta puerta.

La policía se da la vuelta y extiende la mano para abrir, pero ni siquiera llega a rozar la maneta cuando los dedos de Antonia se cierran sobre su brazo izquierdo y la hacen girar de forma brusca hasta pegarla a su cuerpo.

—Eres insoportable —jadea Antonia justo antes de que sus labios encajen a la perfección con los de Sandra.

El beso es tan desesperado por parte de ambas, que necesitan buscar apoyo y caminan con torpeza hasta que la espalda de Sandra encuentra estabilidad con la pared. A partir de ahí, todo sucede tan rápido que ninguna de las dos es capaz de adivinar qué mano es la que se ha colado primero bajo la ropa interior de la otra. Antonia Mayot no se hubiera imaginado esta escena hace una semana, pero sí se la ha estado imaginando desde hace un par de días, cuando su deseo por la policía prepotente ha ido incrementando a pasos agigantados y ella lo ha ido conteniendo hasta que no ha podido más. Los dedos de Sandra, ansiosos como hacía tiempo que no se sentía, penetran a Antonia sin problema, provocándole tal descarga de placer, que la doctora tiene que concentrarse para hacer lo mismo con Sandra sin precipitarse y hacerle daño.

La posición es incómoda y la ropa a medio quitar les estorba, pero la necesidad en

ese momento está por encima de todo para ambas y la excitación es tal, que ninguna quiere parar para ponerse más cómoda.

—Más espacio —jadea Antonia en un momento dado.

Sandra se detiene, le pide perdón en un susurro que le provoca una corriente a la doctora y reanuda su tarea de manera más suave mientras intenta contener esa bola de fuegos artificiales que amenaza con estallar dentro de ella en cualquier momento.

—Me voy a correr ya —dice finalmente, con la voz entrecortada mientras se agarra al hombro de Antonia con la mano libre.

La doctora, que casi tiene los ojos en blanco, sonríe levemente porque para su sorpresa, si hay algo que desea por encima de su propio placer, es el de la policía.

—Córrete —le pide Antonia, y le da un pequeño mordisco en el cuello que provoca que Sandra no pueda contenerse más y suelte un grito ahogado contra la boca de la doctora.

El placer recorre a la policía en todas direcciones, impidiendo que pueda seguir el ritmo casi militar con el que penetraba a Antonia y sus movimientos se vuelvan desacompañados y lentos, pero eso no importa, porque la doctora apenas necesita un par de roces más para sentir que el cuerpo se le vuelve de gelatina tras un orgasmo que se le antoja demasiado corto para lo mucho que lo ha disfrutado.

Tras un par de minutos que se toman para recuperarse y en cierto modo, tratar de procesar lo que ha pasado, el silencio se vuelve tan incómodo que Antonia se aparta de Sandra y se abrocha el pantalón sin levantar la mirada.

—Sé que debo irme, pero ¿puedo entrar al baño? Será un momento —pide la policía, con las mismas ganas de salir corriendo que Antonia de perderla de vista.

—Claro —la doctora le señala la puerta y se aparta de su camino como si estuviera prohibido que sus pieles volvieran a rozarse.

CAPÍTULO 9

Ha pasado una semana desde que la agente Sandra Cruz y Antonia Mayot tuvieron ese encuentro sexual en el apartamento de la doctora. Aunque fue algo rápido y un poco torpe, Sandra no puede evitar sentir ese repique de tambores entre las piernas cada vez que recuerda cómo una se follaba a la otra de pie, mientras estaban pegadas a la pared.

No se hablan, se dirigen la palabra para lo justo y al día siguiente de ese encuentro extraño, fue el momento más incómodo que Sandra puede recordar en su vida. Llegó muy temprano a casa de la doctora, como lo había estado haciendo últimamente, salieron a correr y, al cabo de cuarenta minutos, volvieron al apartamento. Antonia entró en la ducha y con un leve movimiento de cabeza, le dio paso a Sandra cuando ella salió del baño. La agente se aseó y se puso ropa limpia, se bebió el vaso con agua que Antonia le había dejado sobre la mesa y salieron del piso para ir al hospital. En el centro de salud nada fue diferente, Sandra entraba a la consulta cada vez que Antonia acababa con un paciente y al terminar la jornada de trabajo, ambas volvían al piso, la policía lo inspeccionaba y luego se marchaba. Así durante seis largos días y hoy que por fin está libre, ha decidido salir para hacer algo de compra al supermercado, limpiar su casa y llamar a Álvaro para ponerse al día.

—Parece que han pasado meses desde la última vez que te vi —dice Javier con dramatismo cuando se acerca a darle dos besos a Sandra.

A Álvaro, que observa la escena, no le pasa desapercibido el gesto compungido que tiene su amiga en el rostro desde que se han encontrado.

—¿Cómo estás? —pregunta Álvaro, que se siente más que un amigo, un hermano de Sandra.

—Bien —contesta la agente desviando la mirada—. Con mucho trabajo.

Esta vez los tres amigos han quedado en una cafetería algo alejada del centro. A Álvaro le pareció raro que Sandra sugiriera ese sitio, pero la agente necesitaba caminar para despejarse y el lugar le quedaba a más de una hora andando desde su casa, además, ya lo tenía fichado para ir alguna vez y no vio mejor ocasión que esta.

Después de pedir tostadas, huevos revueltos y tortitas como para un regimiento militar, el silencio se ha instalado entre ellos de una forma desconocida. Los tres siempre tienen un tema de conversación que sacar y no es habitual el ambiente taciturno que se ha creado en el momento.

—¿Qué te pasa, Sandra? —pregunta Álvaro mientras le acaricia el brazo con cariño.

Sandra suspira pesadamente. No estaba muy segura de contar lo que le ocurre con

la doctora Mayot, pero cree que, si no lo habla con su mejor amigo, va a explotar.

—Antonia y yo nos hemos acostado —suelta Sandra sin pensarlo.

Javier abre los ojos como platos y Álvaro coloca su taza de café en la mesa.

—No ha sido algo planificado ni buscado —sigue la policía mientras niega con la cabeza—, simplemente ocurrió.

—Madre mía, cuent... —exclama Javier, pero su pareja levanta la mano para que no vaya por ese camino. Conoce su vena cotilla y sabe que no es el momento para eso.

—¿Cómo te sientes con lo que pasó? —pregunta Álvaro con preocupación.

Sandra bufa y pega la espalda al respaldo de la silla.

—No sé qué decirte —se lleva una mano a la frente para masajearla.

Y es verdad, Sandra está completamente perdida. No sabe en qué momento todo cambió porque hace unas semanas se sentía realizada y capaz de ejercer su trabajo de la mejor manera, con la cabeza fría y sin apegos. Ahora, sin embargo, todo le cuesta una barbaridad, levantarse de la cama, vestirse, comer y, sobre todo, ver a Antonia Mayot.

—Cuando vi a Antonia por primera vez, sentí atracción, ya os lo he contado, pero ahora me gusta. Y cada día que pasa va en aumento y siento una necesidad agobiante de protegerla.

—Bueno, es tu trabajo, Sandra, es normal que sientas esa necesidad —opina Javier, que intenta decir algo inteligente, pero no lo logra.

—Va más allá de eso, Javi —contesta Sandra intentando hacerle entender a la pareja de su amigo lo que está sintiendo por la doctora—. He pensado hablar con la inspectora Ferreras, pero no quiero alejarme de Antonia, quiero ser yo quien esté a su lado, cuidándola y asegurándome de que está bien en todo momento. La siento como mía, no sé, es muy difícil de explicar.

—Te estás enamorando —contesta Álvaro con tranquilidad y Sandra lo mira horrorizada—. Eso que tanto te cuesta entender, en realidad es que cuando una persona empieza a sentir amor por otra, hace lo que sea necesario para protegerla. Si tú no fueras policía, ten por seguro que, igualmente, buscarías la manera de cuidar de ella. Eso es el amor, amiga mía.

Sandra se queda callada, pero su cabeza es un panal lleno de abejas que revolotean sin parar. Ella nunca se ha enamorado, se ha sentido muy atraída por algunas mujeres, pero jamás ha sentido eso que todo el mundo describe como amor. No quiere estrenarse con Antonia Mayot, eso lo tiene muy claro. Sí, la doctora es alguien con quien muchos quisieran empezar un amorío, pero Antonia le ha demostrado que con ella no va ni a la esquina y lo último que quiere la agente es enamorarse sola e ir por la vida con el corazón roto.

—¿Y cómo se quita eso? —pregunta Sandra con interés. Parece una pregunta absurda, pero si se puede acabar con un enchochamiento, también se podrá con el amor.

Álvaro sonríe y hace una mueca con los labios.

—No es tan fácil —dice y ladea la cabeza—. Si te has enamorado de la doctora y sabes que ahí no tienes nada que hacer, lo mejor es que te alejes. No tengo ni idea de tu

trabajo, Sandra, pero imagino que tienes que estar muy centrada para que nada se te escape, ¿no?

Sandra asiente.

—Entonces, si tienes un sentimiento no correspondido, estarás triste o quizá rabiosa todo el tiempo. No dormirás bien, te costará masticar la comida y tus sentidos no estarán donde deben estar.

—Menuda mierda esto del amor —suelta Sandra hundiendo los hombros y los tres se ríen sin poder evitarlo—. En serio, para mí esto es algo nuevo y me cuesta saber qué hacer.

—¿Nunca has llegado a sentir algo fuerte por una mujer? —pregunta Javier, que no se puede creer que Sandra con treinta y cuatro años jamás se haya enamorado.

—Aquí mi amiga es una rompecorazones —contesta Álvaro primero.

Sandra ladea una sonrisa amarga.

—No sé si es que he sido muy exigente o qué —explica la policía—, pero lo máximo que he estado con una misma mujer ha sido un mes. Todo el mundo me decía que la primera me iba a enloquecer y Marina Crespo estaba lo suficientemente loca como para engancharme a ella. Nos acostamos dos veces y tuve que esconderme de ella durante meses —cuenta Sandra refiriéndose a la primera chica con la que intimó.

—Yo con el primero me enamoré como un desquiciado y fue muy bonito —comenta Javi.

—Y yo —señala su marido—, pero a diferencia de ti, guapo, el mío me engañó. Estaba casado, con una doble vida bastante aterradora porque vivía con su mujer, pero pasaba las noches follándose chavales que, como yo, acabábamos de salir del armario y no teníamos ni idea de nada. No todos tenemos suerte con el primer amor.

—Recuerdo a ese imbécil —rememora Sandra llevándose un dedo a los labios y abriendo muchos los ojos—. ¡Coño! Que yo no quiero sufrir así.

La agente de policía recuerda con vívida nitidez como Álvaro pasó semanas llorando y sin ganas de salir de la cama.

—Tranquila —Álvaro la coge de la mano—, eres adulta y aunque no sepas de primera mano lo que es el amor, no te veo como la víctima de una mujer que quiera jugar contigo como lo hicieron conmigo. Mi consejo es que medites bien lo que quieres hacer, puedes hablar con tu jefa y pedir un cambio, aguantar hasta cerrar el caso o hablar con Antonia sobre lo que está pasando.

Sandra Cruz levanta la mirada al cielo y llena sus pulmones todo lo que puede. No sabe qué hacer con su trabajo ni con ese sentimiento que lejos de parecerse a las famosas mariposas en el estómago, son como serpientes pegadas a su piel mientras sueltan un veneno doloroso y casi mortal. Decide intentar disfrutar la tarde con sus amigos, pero se promete que en cuanto llegue a su casa pensará qué hacer. Tiene que tomar una decisión sobre Antonia Mayot.

CAPÍTULO 10

Cuando Sandra escucha la melodía de su móvil tiene que concentrarse mucho para entender lo que sucede. Al mismo tiempo que abre los ojos, ladea la cabeza hacia la mesita de noche y un pinchazo agudo de dolor se la atraviesa desde la parte más alta hasta la nuca, dejando su cuerpo tenso durante unos segundos hasta que se pasa. Entre todo eso, ella recuerda que hoy no trabaja, básicamente porque Antonia tiene fiesta en el hospital el fin de semana, lo cual, al igual que ayer, le deja el día libre y es algo que anoche agradeció mucho cuando una de esas migrañas espantosas que de vez en cuando la acompañan, empezó a hacer acto de presencia.

Sandra se tomó un analgésico antes de acostarse con la esperanza de que fuera suficiente para erradicar la amenaza, pero se acaba de despertar con un terrible dolor que apenas la deja moverse y sabe que no le queda más remedio que recurrir a la que ella denomina “la pastilla chungu” esa que el neurólogo le recetó para casos extremos de dolor y que no le gusta tomarse porque, a pesar de que es efectiva y sabe que le quitará el dolor en menos de una hora, después la deja echa polvo durante horas, con cansancio y sueño como si hubiera trabajado tres días seguidos.

—Diga —contesta la llamada como puede, sin siquiera mirar el nombre en la pantalla porque el dolor no le permite enfocar la vista de un modo tan preciso.

Sandra escucha, estupefacta, como uno de los agentes de la patrulla que hace guardia en la puerta del edificio de Antonia, le explica que la doctora ha decidido salir a correr a pesar de que lo tiene completamente prohibido cuando Sandra no está con ella.

—Nos está costando hacerla entrar en razón —sigue el agente, al que Sandra nota agobiado con la situación.

—Trata de que no se vaya, estoy allí en quince minutos —zanja la agente.

Sandra cuelga y se levanta de la cama como un robot, haciendo movimientos lentos y precisos, los justos para llegar a la cocina, coger la pastilla que necesita y dejar que se diluya debajo de su lengua. El sabor no le gusta, de hecho, lo detesta y siempre tiene que recurrir a un trozo de chocolate para disimularlo. Se queda unos segundos quieta, con los ojos cerrados mientras maldice mentalmente a Antonia por hacerla salir de su casa en ese estado.

La agente Cruz tarda un poco más de lo que ha dicho en llegar al edificio de Antonia y, para cuando lo hace y para su sorpresa, la doctora sigue allí, discutiendo con los agentes, que han sido incapaces de convencerla.

—Jodida cabezota —masculla y se masajea las sienes con fuerza mientras se acerca.

—¿Qué van a hacer? ¿Detenerme? —pregunta Antonia con los brazos en jarras.

Si a Sandra no le doliera la cabeza todavía, levantaría las cejas y hasta sonreiría, pero no puede porque la pastilla apenas está comenzando a hacer efecto.

—Ya me ocupo yo, chicos —dice Sandra, colocándose al lado de uno de los agentes.

Antonia, que no la ha visto venir, parpadea sorprendida al mismo tiempo que intenta calmar la corriente de deseo que de repente le ha explotado por el bajo vientre.

—¿De verdad te han avisado a ti? ¿Qué incompetencia es esta? —bufa la doctora atacando a los agentes.

Sandra quisiera seguir mirándola un poco más, porque Antonia está al lado de una farola cuya luz cae sobre ella provocando una sombra en su rostro que le da un aire todavía más seductor y sexy que de costumbre, pero no puede seguir porque mantener la mirada fija en un punto le provoca más dolor, así que baja la mirada y se aprieta el puente de la nariz porque eso le causa algo de alivio.

—Señora, haga el favor —pide uno de los agentes, a punto de perder la paciencia.

—En serio, volved al coche, yo resuelvo esto —insiste Sandra.

Los dos agentes se miran entre ellos y asienten, agradeciendo en silencio no tener que seguir discutiendo con una mujer tan terca como la doctora Mayot.

—Eres increíble —suelta Sandra en cuanto los agentes desaparecen—. ¿De verdad no puedes quedarte en tu jodida casa un par de días?

—Pues la verdad es que no, ¿podemos ir a correr ya? —responde Antonia, empezando a correr en el sitio para calentar.

—No —contesta Sandra de manera tan tajante, que la doctora se detiene en seco, sorprendida y excitada por el tono autoritario de la agente—. Haz el favor de entrar de una maldita vez —añade señalando la puerta del edificio—, hoy no vas a salir a correr. Punto.

Sandra vuelve a apretarse el puente de la nariz, aunque el dolor está disminuyendo poco a poco, sigue siendo muy incómodo y estar ahí de pie discutiendo con Antonia es lo que menos le conviene. Se piensa asegurar de que la doctora vuelve a su apartamento y no sale de él para ella poder volver al suyo y tumbarse en el sofá durante el resto del día. Antonia, sin tener muy claro el motivo por el que ha decidido obedecer, camina hasta la entrada y entra en el edificio. Las dos acceden al ascensor y sus ojos se clavan en Sandra. No tiene muy buen aspecto, parece muy seria y bastante pálida, sin embargo, a pesar de ser doctora, hace un diagnóstico erróneo al suponer que su expresión se debe al enfado que tiene y que el tono de su piel solo es fruto del madrugón inesperado.

—¿No entras a revisar el apartamento? —pregunta Antonia cuando llegan a la puerta.

Sandra se pasa una mano por la nuca y se hace un suave masaje que a la doctora le provoca ganas de lamerle el cuello.

—No creo que sea necesario, acabas de salir y los agentes están abajo. Además, yo no debería estar aquí —rezonga la agente, clavando su mirada intensa en la doctora, que siente un latigazo entre las piernas y ya no puede controlarse.

Antonia agarra a Sandra de una mano y la arrastra al interior del apartamento en un movimiento tan rápido que la agente no puede detenerla, aunque en honor a la verdad, tampoco se esfuerza por hacerlo cuando intuye lo que va a pasar a pesar de que le siga doliendo la cabeza. Lo que sucede es muy parecido a lo que pasó hace una semana, solo que, en esta ocasión, Sandra es demasiado lenta y para cuando logra introducir su mano por debajo de la camiseta de Antonia, ésta ya tiene sus dedos jugando por su sexo y la penetra provocándole tal corriente de placer, que su cabeza dolorida no lo soporta y Sandra siente un leve mareo que la deja fuera de juego para seguir moviendo las manos. Se limita a sujetarse a los hombros de la doctora y, aunque sabe que lo mejor sería pedirle que se detenga para que las punzadas de dolor dejen de atravesarle las sienes, le gusta tanto sentirla dentro que de su boca lo único que salen son una especie de resoplidos y gruñidos provocados por la tensión que ejerce con la mandíbula cada vez que el placer que Antonia le provoca, se mezcla con las punzadas de dolor de su cabeza.

Sandra se corre, pero su orgasmo no es todo lo placentero que le hubiera gustado y cuando Antonia sale de ella pensando que ha llegado su turno, la agente levanta la mirada y sufre un leve desvanecimiento que la hace tambalearse hacia un lado, asustando mucho a la doctora que, en esta ocasión, sí que se da cuenta de que algo no va bien.

—¿Qué te pasa? —pregunta sujetando a Sandra con todas sus fuerzas.

La agente también se agarra a ella con las manos temblorosas y se toma unos segundos antes de contestar.

—Es la cabeza, tengo migraña —susurra contra el cuello de Antonia, que la escucha perpleja y, en un acto instintivo que no puede controlar, la abraza con más fuerza.

—¿Por qué no me lo has dicho? —pregunta en voz baja.

Sandra se limita a encoger los hombros con el cuerpo tembloroso.

—Vamos al sofá y te tumbas, buscaré algo que te puedas tomar.

Sandra obedece y se deja guiar, y solo cuando ya está tumbada, le explica a Antonia el tipo de migraña que padece y lo que se ha tomado.

—Ya me está haciendo efecto, solo necesito descansar un poco —dice colocándose el antebrazo derecho sobre los ojos.

Antonia se queda quieta y la observa durante unos segundos antes de asentir para sí misma y empezar a quitarle las zapatillas de correr a Sandra.

—Esa pastilla es fuerte, lo que necesitas es dormir —concluye la doctora.

Sandra no contesta y Antonia se incorpora para coger la manta que tiene doblada en el sillón y extenderla sobre el cuerpo de la agente. Después, apaga la luz del salón y se queda junto a ella como una guardiana hasta que la respiración de Sandra poco a poco se va ralentizando hasta que por fin se duerme.

Cuando la agente se despierta, está completamente relajada y el dolor ha pasado a la historia, pero siente que su cuerpo pesa toneladas, como suele pasarle siempre con esa pastilla.

—¿Mejor? —escucha a su derecha.

Sandra ladea la cabeza y se encuentra a Antonia sentada en un sillón, sosteniendo un libro electrónico entre las manos. En la casa apenas hay luz, solo la que entra por la puerta de la cocina, que tiene la ventana abierta.

—Sí, ya se me ha quitado. ¿Has estado a oscuras todo el rato? —pregunta Sandra sorprendida.

—No quería molestarte —responde tranquila la doctora.

Sandra no sabe qué decir, está abrumada. La Antonia que tiene frente a ella es otra completamente distinta a esa mujer normalmente déspota y malhumorada a la que suele enfrentarse cada día. La mira de otro modo, puede notar la preocupación de la doctora y, además, la ha cuidado cuando la necesitaba en lugar de echarla de su casa.

—Supongo que debes tener una flojera importante —dice Antonia, ajena al torbellino de emociones que está experimentando Sandra en ese momento.

La agente abre y cierra las manos tratando de hacer fuerza. No lo consigue y sonríe dejando salir también el aire por la nariz de un modo tan encantador, que Antonia se remueve en el sillón porque no sabe gestionar lo que acaba de sentir al verla.

—Esa pastilla me deja como un trapo, por eso no me gusta tomarla —dice Sandra, que se sienta y se mira los pies descalzos.

Se fija en sus zapatillas, esas que Antonia le ha quitado y ha dejado paralelas al sofá con precisión milimétrica.

—Gracias por dejar que me quedase aquí —dice Sandra.

—No hay de qué —responde Antonia.

—Y siento lo de antes, haberte dejado a medias —añade la agente mirándola a los ojos.

Antonia tuerce el gesto en una mueca de disgusto, aunque no es por haberse quedado con el calentón.

—Deberías haberme parado —la regaña seria—. ¿A quién se le ocurre follar con semejante dolor de cabeza? —pregunta escandalizada.

Sandra esboza una sonrisa gamberra que pone de malhumor a la doctora.

—Eres una hipócrita —suelta la doctora—. Te pasas el día reprochándome a mí que no velo por mi seguridad cuando tú eres la primera que no vela por la suya.

—Venga ya, Antonia, no compares —exclama Sandra.

—¿En qué idioma te tengo que decir que no me llames Antonia? —protesta la doctora—. ¿Y qué es lo que no tengo que comparar?

—Lo mío con lo tuyo. ¿Me hubieras parado tú? Porque a mí me gusta demasiado follar contigo como para detenerte por un dolor de cabeza —dice con tal sinceridad, que las dos necesitan unos segundos para procesar sus palabras.

Antonia siente que la cabeza le va a explotar, aunque no precisamente de dolor, sino de la confusión que siente en ese momento con respecto a lo que ella misma comienza a sentir por la agente Cruz.

—No hay que jugar con esas cosas. Y punto —dice para salir del paso.

—¿Por qué cambias de tema? ¿No crees que deberíamos hablar de lo que pasa? — pregunta Sandra envalentonada.

Antonia nota que el corazón le va más rápido de lo que debe y no le gusta. Tampoco quiere tener esa conversación, no está preparada, ni siquiera ha pensado en ello porque no contaba con que lo que sucedió hace una semana, volviera a suceder, y mucho menos con tener ganas de que vuelva a pasar.

—¿Piensas que por haber echado un par de polvos tenemos que hablar de algo? — suelta tan cortante, que Sandra nota como se le estrangula la garganta.

—Tienes razón, es culpa de la pastilla, que me deja atontada —dice Sandra y se comienza a poner las zapatillas.

Antonia se tensa. No quiere hablar de ese tema, pero una parte de ella tampoco quiere que Sandra se marche, aun así, no hace nada por detenerla.

—¿Puedes prometerme que no te moverás de aquí hasta mañana? Me gustaría poder llegar a casa y tumbarme a descansar sin que me llamen los agentes para decirme que otra vez estás montando un número en la calle —dice Sandra poniéndose en pie.

Antonia también se levanta y la acompaña hasta la puerta.

—Te lo prometo. ¿Estás bien para caminar? Puedo llevarte en coche —se ofrece la doctora.

Sandra se gira y se muerde los labios mientras niega con la cabeza con una especie de mueca triste que estremece a la doctora.

—Te lo agradezco, pero estoy bien. Es una pena que no dejes salir a esta Antonia dulce y atenta más veces, me gusta mucho —dice Sandra antes de cerrar la puerta.

Antonia se queda quieta como una estatua de piedra durante varios segundos mientras piensa en lo que la agente ha dicho, dándose cuenta de que a ella también le gusta Sandra, pero, sobre todo, sorprendida porque, por primera vez en su vida, su nombre le ha sonado bien pronunciado por los labios de Sandra.

CAPÍTULO 11

—Doctora Mayot, la directora la está esperando en su despacho —le dice una de las enfermeras de oncología.

Antonia se tensa, a pesar de que se lleva bien con Olga Montoya, cuando esta la llama a sus dependencias casi nunca es para algo bueno. Suspira contrariada e intenta decidir si ir más tarde o hacerlo ya. No puede ni pensarlo cinco segundos porque la agente Sandra Cruz accede a la consulta y le repite la misma información que le ha dado la enfermera, pero imprimiendo algo más de prisa.

La doctora se levanta bufando, se arregla un poco la bata y sale hacia el ascensor con Sandra pegada a su espalda. Antonia quiere preguntarle cómo sigue de esa migraña que la dejó fuera de combate el día anterior, pero observa que la policía no está por la labor de conversar porque esa mañana apareció en su portal y, con un parco saludo de buenos días, repitieron la rutina que, desde semanas, ejecutan; correr, ducharse, hidratarse e ir al hospital. No la había vuelto a escuchar hasta este momento en que le ha recordado su cita con Olga Montoya. Los minutos que han tardado entre esperar el ascensor y plantarse frente a la puerta de la directora, han sido muy agobiantes para Antonia. A su parecer, hoy Sandra está más guapa, se nota descansada y alerta, huele de maravilla y la camisa que ha elegido le sienta fenomenal en ese torso firme que ha podido tocar dos veces.

—¿Entramos? —se escucha decir a Sandra. Antonia se había perdido por un momento en sus pensamientos.

Sin contestar, la oncóloga entra al despacho y, para su sorpresa, se da cuenta de que la directora no está sola, la acompaña la inspectora Rita Ferreras y ambas mujeres tienen cara de pocos amigos.

—Antonia, siéntate por favor —pide Olga haciendo que la doctora sienta deseos de cometer un delito. La directora sabe cuánto odia que la llamen por su nombre de pila.

Antonia pone los ojos en blanco y se sienta frente a Olga.

—¿Me podéis explicar el motivo de esta reunión? —pregunta Antonia con sequedad—, tengo pacientes que atender.

Olga eleva una ceja y se recuesta en su silla llevándose una mano a la barbilla. Sabe de sobra que hoy Antonia no tiene pacientes hasta la tarde.

—Doctora Mayot —comienza la inspectora—, seré directa con usted. Anoche recibí el informe de la patrulla y el de la agente Cruz, donde básicamente dice que sigue haciendo lo que le da la gana, no acata las normas que le hemos puesto y se pone en peligro constantemente.

Antonia Mayot abre los ojos de manera exagerada y gira la cabeza buscando la mirada de Sandra. La agente de policía permanece de pie al lado de la puerta del despacho y mantiene la vista al frente ignorando por completo la furia de la oncóloga. La doctora abre la boca para protestar, pero Rita no se lo permite y sigue hablando con semblante serio.

—Lo de ayer fue la gota que colmó el vaso, no puede salir de su casa sin protección, pero al parecer a usted eso le suda el coño —dice y todas las mujeres de esa habitación se sorprenden por las formas—. Lo siento por la expresión —dice la inspectora a la vez que levanta ambas manos—, pero no tiene ni idea de los recursos que se están invirtiendo en usted para que no tenga ni la cortesía de avisarnos cuando necesite salir.

—No puedo vivir encerrada —balbucea Antonia, incapaz de decir otra cosa, pero, aunque sabe que no tiene la razón, no piensa quedarse callada. La situación la supera.

—No se te está privando de libertad —suelta Olga, molesta—, de hecho, vienes al hospital y sales a...

—Con una agente que no me deja ni respirar —escupe Antonia cortando a la directora y se levanta de su silla—. Yo no he pedido esto.

Olga está a punto de explotar. La doctora Mayot es una excelente profesional, pero en el plano personal es una patada en el hígado. La directora está a un segundo de gritar cuando unos toques sutiles en la puerta hacen que eleve la mirada cargada de fuego para fulminar a quienquiera que esté entrando en su despacho. La rabia cede y un murmullo de tranquilidad le ronronea el pecho al ver que es Elena Silva quien entra y se planta en el medio del despacho con gesto de vergüenza.

—Lo siento, no sabía que estabas reunida —dice la doctora Silva clavando la mirada en su chica e ignorando al resto, que la mira interrogante.

Olga carraspea porque se da cuenta de que Elena lleva unos pantalones de cuero, una camiseta blanca ceñida y la melena húmeda. Por un momento quiere sacar a todas las mujeres de su despacho y devorar a su chica hasta quedar saciada.

—¿Qué necesitas? —pregunta la directora, intentando sonar firme.

—Vaya —murmura Rita Ferreras al detectar la mirada oscurecida de la directora, que sigue teniendo la vista fija en la doctora Silva.

—Nada, solo quería decirte que me marchó ya —dice Elena y le guiña un ojo de forma sutil.

Olga solo asiente con la cabeza y espera que el culo firme de su novia desaparezca tras la puerta para seguir con la reunión.

—Le soy sincera, doctora Mayot —dice la inspectora, que decide tomar el control ante el silencio en la sala—, nunca he estado de acuerdo con las decisiones que se han tomado en cuanto a su seguridad, sobre todo porque ha dejado claro desde un principio que no está dispuesta a colaborar, pero yo acato órdenes y el jefe me ha pedido esta misma mañana que la agente Cruz esté a su lado las veinticuatro horas del día.

El gesto de Antonia Mayot es indescifrable porque es una mezcla de asombro, molestia, confusión y algo que no sabe catalogar porque ahora estará junto a Sandra día y

noche. La agente de policía sigue sin moverse, la información no es sorpresa para ella porque Rita la había llamado muy temprano para explicárselo.

—Anoche un individuo que pudimos identificar como nuestro principal sospechoso, dio un paso más e intentó acceder a su portal. La intención está bastante clara y si no fuera porque la patrulla tiene registrados a todos los que viven en su edificio y pudieron reconocerlo con rapidez, no tengo claro que usted y yo estuviéramos hablando ahora mismo.

A Antonia se le corta la respiración y Sandra, con la mandíbula apretada, cierra los ojos durante unos segundos. Esa mañana cuando se enteró de lo que había pasado sintió un miedo atroz por Antonia, pero el pánico incrementó cuando se dio cuenta de que, si algo le pasara a la doctora Mayot, ella se volvería loca y eso le hizo darse cuenta de que lo que empieza a sentir por la oncóloga no es ninguna tontería.

—¿Ya está detenido? —pregunta Antonia con un nerviosismo que sorprende a las que están allí con ella.

—Lamentablemente no —dice Rita con pesar—. Los agentes actuaron, pero este hombre no es tonto, doctora Mayot. Salió de su escondite dispuesto a todo, llevaba una mochila de esas que usan los repartidores de comida e incluso aparcó una bicicleta al lado de la puerta. Un montaje bastante bueno, pero en lo que falló fue que era pasada la medianoche y por mucho Madrid centro que sea, es bastante raro que alguien pida comida a esas horas. Por eso el agente Flores se acercó y pudo verle la cara, pero el sospechoso le lanzó la mochila para despistarlo y corrió en dirección contraria hacia el descampado.

—¿Ahora te das cuenta del peligro que corres? —pregunta Olga—. No me obligues a suspenderte, Mayot.

Antonia, por primera vez, asiente con la cabeza convencida de que el hombre que quiere acabar con ella no descansará hasta que lo logre.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta sumisa, pero con voz firme.

Rita Ferreras revisa su móvil antes de contestar y luego enfoca a Antonia.

—Lo primero, hacernos caso en todo lo que le digamos —dice subiendo ambas cejas—. Hoy mismo la agente Cruz empezará a dormir en su piso. Es una profesional y confío en que pase desapercibida para usted. Pero la orden, como bien sabe, viene de arriba y hay que acatarla.

Antonia no discute, a todo lo que dice la inspectora, ella asiente con la cabeza pese al pitido que siente en los oídos desde el mismo momento en que escuchó que Sandra se mudaría con ella de forma provisional. Cuando acaba la reunión, una dispersa Antonia Mayot sale del despacho de Olga para dirigirse a su consulta. Cuando se sienta detrás de su escritorio, todavía sigue procesando toda la información que ha recibido, pero, de repente y como si estuviera desquiciada, levanta la cabeza, mira a Sandra y endurece la mirada.

—¿Qué pasa, que eres una chivata que va contando todo lo que hago? —escupe Antonia—. ¿También has puesto en el informe que hemos follado?

Sandra la mira con dureza.

—Pese a lo que puedas pensar, estoy aquí para hacer mi trabajo. Ni se te ocurra imaginar que, porque tú y yo hayamos echado dos polvos, voy a dejar de cumplir las órdenes que se me dan —dice Sandra con temple—. Espero que te quede clara una cosa, Antonia, yo estoy aquí para protegerte y no me importa que pienses que soy una chivata por informar de lo que ocurre si con eso logro mantenerte a salvo.

El corazón de Antonia Mayot amenaza con salir disparado de su pecho. Detrás de las palabras de Sandra hay un deje de preocupación genuina que va más allá del cumplimiento de su deber y no puede evitar sentirse verdaderamente protegida y, por primera vez en mucho tiempo, importante para alguien que no busca nada a cambio.

—Si no fueras tan infantil e incluso tan desagradable muchas veces, las cosas entre tú y yo serían muy diferentes —sigue hablando Sandra y niega con la cabeza con un gesto de decepción—. Estaré fuera, doctora Mayot —dice y sale del despacho dejando a Antonia muda y desconcertada.

CAPÍTULO 12

A pesar de que ha tenido todo el día para mentalizarse, Antonia no da crédito cuando Sandra entra con ella a su apartamento cargada con una pequeña maleta.

—Espera aquí —dice como siempre, dejándola junto a la puerta.

La doctora se queda quieta como una estatua mientras Sandra examina cada rincón a conciencia. Antonia mira la maleta de reajo y siente ansiedad cada vez que piensa que ya no la perderá de vista. ¿Cómo van a convivir si cuando la mira solo tiene ganas de saltarle encima?

—Todo en orden —dice Sandra devolviéndola a la realidad.

Antonia cierra la puerta sin saber muy bien cómo actuar en su propia casa.

—¿Dónde voy a dormir? —pregunta Sandra.

Eso la doctora lo tiene bastante claro.

—En el sofá, por supuesto. Ya has visto que mi apartamento es de una sola habitación y, obviamente, no vas a dormir conmigo —responde con maldad.

—Tampoco lo deseo —contraataca Sandra—. Además, tu sofá es muy cómodo —añade agarrando su maleta—. ¿Hay algún sitio donde pueda dejar mis cosas?

Antonia aprieta la mandíbula y le pide que la siga hasta su habitación, donde, a regañadientes, le cede un par de estanterías en su armario.

—Tendrás que apañarte con esto.

—Es más que suficiente, gracias —dice Sandra comenzando a colocar sus cosas.

La doctora la mira desde un lado de la cama sin poder esconder la rabia que le produce que a Sandra todo le parezca bien. Es como si ella en el fondo estuviera deseando discutir con ella, porque así es como empezaron los dos encontronazos que tuvo con la agente.

—Joder —dice al darse cuenta de lo mucho que desea repetir.

—¿Qué? —pregunta Sandra girándose hacia ella.

—Nada, voy a preparar la cena, espero que no seas exquisita y te sirvan unos sándwiches y una ensalada, de lo contrario, te las tendrás que apañar tú sola —rezonga la doctora saliendo de la habitación.

Sandra sonríe satisfecha mientras le mira el trasero.

—Soy exquisita para otras cosas, pero no para la comida —suelta haciendo que un calambre le recorra la columna a Antonia.

—Venga, levanta —dice Antonia al día siguiente.

Para sorpresa de ambas, el resto de la noche transcurrió sin sobresaltos. Mientras Antonia preparaba la cena, Sandra se dio una ducha y después cenaron juntas en el sofá viendo la tele. Antonia pensaba que sería todo más incómodo, pero al terminar, Sandra se ofreció a recoger la cocina, momento que ella aprovechó para ducharse, y después, simplemente se encerró en su habitación y se acostó.

—¿Qué hora es? —pregunta Sandra cuando Antonia sube la persiana sin miramientos y la luz del amanecer atraviesa la ventana.

—Casi las ocho —responde Antonia, que pasa por su lado y la destapa.

—¿Qué haces? —se enfada Sandra.

—¿No queréis que os avise de todo lo que hago? Pues voy a salir, así que, si en diez minutos no estás vestida, me largo sin ti.

Sandra suelta varios improperios y se levanta de un salto.

—¿A dónde se supone que vas? Hoy no trabajas —pregunta malhumorada.

—Tengo que ir a recoger a Morgan, así que date prisa, que a mi niño no le gusta esperar cuando sabe que voy y ya llevo demasiadas semanas sin verlo por vuestra culpa, no pienso posponerlo más.

Tras el anuncio de que iba a tener seguridad y pensando que la cosa no se alargaría tanto, Antonia le pidió a Pedro que se quedara más tiempo con Morgan, pero visto lo visto y con lo mucho que lo echa de menos, ha decidido que ya es hora de ir a buscarlo.

Sandra parpadea confusa ante la explicación de la doctora.

—¿Tienes un hijo? —pregunta mientras se calza.

Antonia se detiene en seco y la mira horrorizada.

—¿Un hijo? ¿Estás loca? Morgan es mi perro.

—Ah —responde Sandra cada vez más confusa—. ¿Y dónde se supone que está?

—Con mi exmarido, compartimos la custodia para mi desgracia.

Sandra tiene demasiado sueño como para seguir preguntando, así que se limita a vestirse, adecentarse y beberse el café que Antonia le ha preparado sin que tenga que pedirselo.

—Gracias —dice acompañando sus palabras con una sonrisa sincera que estremece a la doctora.

Media hora después, están saliendo del ascensor que lleva a la planta donde vive Pedro, el exmarido de Antonia, que la espera bajo el quicio de la puerta en calzoncillos, como siempre.

—Joder —masculla Antonia cargada de vergüenza ajena.

Sandra tiene que esforzarse por contener la risa, mientras que Pedro, que no esperaba que su exmujer apareciera acompañada, se esfuerza por marcar músculo ante la desconocida.

—¿Dónde está Morgan? ¡Morgan! —grita la doctora sobresaltando a Sandra, que

ha decidido quedarse un par de pasos por detrás de Antonia.

De inmediato se escuchan un par de potentes ladridos y el labrador aparece derrapando por el pasillo hasta que salta loco de felicidad sobre su otra dueña.

—No hagas eso, Morgan, que te harás daño en la pata —trata de calmarlo Antonia, siempre angustiada por si se lesiona de nuevo.

—Deja de preocuparte, está perfectamente —dice Pedro—. ¿No vas a presentarme a tu amiga? —pregunta devorándola con la mirada.

Cuando Antonia levanta la vista y se da cuenta del modo casi depredador que tiene su exmarido de mirar a Sandra, de repente siente una incomodidad insoportable y como si fuera una mujer de las cavernas, decide marcar territorio mintiendo como una bellaca.

—Sandra es mi novia —suelta de pronto, estirando un brazo para agarrar a una sorprendida agente Cruz y pegarla a ella.

Los ojos de Pedro se abren de manera exagerada cuando mira a la doctora.

—No es verdad —dice con una sonrisa estúpida.

Sandra, que no sabe de qué va la cosa, pero sí que tiene claro que el tal Pedro no le cae bien, no duda en seguirle el juego a Antonia.

—¿Por qué no iba a serlo? —pregunta la agente pasando una mano por la espalda baja de Antonia, aprovechando de paso para pellizcarle el culo.

Antonia da un respingo, pero contiene su lengua envenenada y se guarda sus improperios para después mientras Morgan corretea entre los tres a la espera de que se lo lleven.

—No sé, no me ha hablado de ti, y me sorprende —responde Pedro descolocado.

—A mí tampoco me ha hablado de ti, ¿quién eres? —pregunta Sandra mordaz.

A Antonia le gustaría seguir disfrutando del momento, sobre todo porque ve a Sandra muy dispuesta a dejarle claro a Pedro que con ella tampoco tiene nada que hacer, pero odia estar ahí y quiere marcharse cuanto antes.

—Bueno, dejemos esta conversación tan interesante para otro día, que tenemos prisa, ¿verdad, cariño? —pregunta mirando a Sandra con una ternura que desarma a la agente.

—Sí, claro.

—Bien, dame las cosas de Morgan —exige la doctora.

Pedro le entrega la bolsa y ambas se meten en el ascensor junto al perro.

—Que sea la última vez que me tocas el culo de esa manera tan descarada —amenaza Antonia en cuanto salen del edificio.

—¿Por qué no voy a hacerlo si eres mi novia? Ah, no, espera, que has mentido de manera descarada —responde Sandra con tono burlón.

—No pienso discutir contigo, vámonos —ordena Antonia.

—Espera, ¿es que no vamos a pasear a esta bola gigante de pelo? —pregunta Sandra acariciando a Morgan mientras este meneaba el rabo con alegría.

—Pedro lo saca siempre a primera hora —responde la doctora.

—Pero lo podemos pasear otra vez, ¿no? Ahí detrás hay un parque. ¿A que a ti te apetece? —pregunta hablando con el perro.

Antonia la mira embelesada, incapaz de negar nada que tenga que ver con la felicidad de su perro.

—Está bien, pero nada de soltarlo, que se pone a correr y todavía se está recuperando de la operación.

—Por supuesto, doctora, usted manda —dice la agente, haciendo el saludo de la policía con una mano en la frente al mismo tiempo que le guiña un ojo.

Antonia siente que las piernas le flojean. Cuando llegan al parque, la doctora babea más que el perro cuando ve la conexión que hay entre él y Sandra, que no deja de hablarle mientras lo pasea. Antonia comienza a preguntarse a qué velocidad puede aumentar lo que comienza a sentir por Sandra, porque empieza a darle vértigo.

CAPÍTULO 13

—Y entonces nos revolcamos en un charco enorme lleno de barro —termina la historia Sandra Cruz.

Antonia la mira con los ojos abiertos desde la puerta de su habitación. Hace horas que han llegado al apartamento de la doctora y desde ese momento Sandra no ha parado de darle mimos a Morgan, premiarlo por cualquier tontería y ahora acaba de terminar de contarle una historia como si la mascota fuera un niño de cinco años. Dejando a un lado que la agente le habla a su perro como si este pudiera contestarle, a Antonia le gusta mucho esa conexión que ambos parecen haber conseguido. Eso también la asusta porque, poco a poco, va descubriendo más cosas de la policía y casi todas le encantan.

—Siempre he tenido perros, me fascinan —explica Sandra ante la mirada indescifrable de la oncóloga—. Pero tener uno aquí en Madrid, de momento, es imposible.

Antonia asiente y se acerca al peludo para dejarle una caricia en la cabeza.

—¿Qué te gusta comer? —pregunta Antonia cuando mira a Sandra—. Estoy muerta de hambre y pretendo entrar en la cocina hasta conseguir algo decente que llevarnos a la boca.

Sandra sonríe porque la doctora Mayot hace un gesto casi infantil mientras se toca la barriga.

—Si no te importa y me dejas rebuscar en tu nevera, podría encargarme de la comida. Es mi forma de darte las gracias por preocuparte por mí aquel día que tuve la migraña.

Antonia tuerce el gesto al recordar cómo Sandra casi se desvaneció en sus brazos y la preocupación que la doctora sintió cuando la vio así. Se obliga a sonreír un poco y a aceptar la propuesta de la policía porque, aunque a ella le da igual cocinar, siempre es un placer que otro lo haga por ti. La agente se acerca a la nevera y la abre mientras, con gesto concentrado, empieza a revisar todo lo que hay en su interior. Antonia se sienta en uno de los taburetes que tiene debajo de la isla que hizo instalar en su cocina porque, desde que estuvo un año estudiando en Los Ángeles, se enamoró del diseño que tenía en su pequeño apartamento al sur de la ciudad.

Sandra parece haber encontrado todo lo necesario para hacer la comida y saca todos los ingredientes de la nevera. Coge dos vasos del escurridor y sirve un par de cervezas para entregarle una a Antonia.

—Salud, doctora —dice la agente y levanta su vaso para acercarlo al de Antonia—. Ahora voy a desplegar todo mi arte culinario.

—¿No me digas que tu talento oculto es la cocina? —pregunta Antonia con los ojos entornados.

Sandra se ríe echando la cabeza para atrás y la oncóloga la mira embelesada.

—La verdad es que no —dice la agente y le da un buen trago a su cerveza—. No soy demasiado creativa, pero mi madre es de esas mujeres a las que le gusta la buena comida casera y desde muy pequeña he comido muy bien y aprendido lo básico.

Antonia observa a una muy concentrada Sandra que se mueve por la cocina cortando vegetales y mezclando especias. Hablan de temas banales, pero la policía tiene la intriga por saber más de la vida personal de Antonia, así que se lanza, consciente de que puede estrellarse.

—¿Cómo acabaste tú con un tipo como tu ex? —pregunta—. A simple vista se os ve muy diferentes.

—¿Tanto se nota? —inquire Antonia.

—Bueno, tú te ves centrada y bastante seria. Además, dicen que eres la mejor oncóloga del Hospital Universitario Santa Lucía —explica Sandra subiendo las cejas—. En cambio, él parece un hombre un tanto infantil, de esos que prefieren jugar a la consola todo el día e ir con sus colegas de caza por los bares. No parece que encajéis mucho.

Antonia suelta una carcajada que para nada es amarga a diferencia de cuando descubrió al verdadero Pedro.

—Has acertado bastante —dice la doctora y se acomoda en el taburete—, pero cuando lo conocí me mostró otra careta. Siempre me trató muy bien, era un chico divertido, atento y muy cariñoso. Apenas llevábamos un mes viéndonos cuando me recogió un sábado muy temprano en mi casa y condujo una hora hasta un parque natural al noreste de Madrid. Había preparado un pícnic muy elaborado y allí me pidió ser su novia.

Sandra abre la boca, impresionada, pero no demasiado.

—Vaya, todo un caballero —dice la agente.

—Y como esa, hizo muchas. De hecho, cancelaba quedadas con sus amigos, se llevaba bien con mi círculo y respetaba todo de mi vida. Nunca me dijo una mala palabra, criticó alguna decisión ni se quejó por mis horarios en el hospital.

—¿Y entonces qué ocurrió? —pregunta Sandra a la vez que se gira para revisar las chuletas de cerdo que tiene en la sartén—. Porque a mí nunca me han gustado los hombres, pero con todo lo que me estás contando, estoy a punto de ir a buscarlo y pedirle una cita —bromea la policía.

—El problema de Pedro es que no sabe mantenerla guardada en los pantalones —suelta la oncóloga mientras señala su propia entrepierna—. Me fue infiel desde que empezamos a salir, mientras fuimos novios y durante todo nuestro matrimonio. Sabe los atributos que tiene, aparte de encantador, es un hombre atractivo que se cuida mucho, va al gimnasio regularmente y al barbero cada quince días sin falta.

Sandra hace un mohín con los labios.

—Yo siempre he creído que los hombres son infieles por naturaleza, no sé, quizá me equivoco, pero es como una cultura para ellos.

—Kike, mi marido antes de Pedro, no lo era, o al menos que yo supiera. Más bien era un soso de cuidado y no pude soportarlo —cuenta Antonia bajo la mirada de sorpresa de su acompañante.

—¿Cuántas veces has estado casada? —pregunta Sandra con las cejas levantadas.

—Dos y creo que no habrá una tercera, solo me he llevado fracasos. Con Kike me aburría y con Pedro, aunque nos divertíamos mucho, en realidad poco teníamos en común y me di cuenta de que lo que me atrapó fue que me miraba, que sabía que estaba allí, no como mi ex que le prestaba más atención a su libro electrónico que a mí.

Sandra no puede entenderlo. Si Antonia fuera su mujer, ella ni dejara de verla ni mucho menos la engañaría. Ese pensamiento repentino la paraliza y suelta un impropio porque su descuido ha hecho que se quemara mientras le daba la vuelta a una de las chuletas.

—¿Estás bien? —Antonia salta de su taburete y se acerca a Sandra para examinarla.

La policía la observa y se muerde los labios.

—Tranquila, doctora, son gajes del oficio. No ha sido nada.

Antonia se cerciora de que dice la verdad y vuelve a su taburete. Es su turno de preguntar.

—¿Y qué hay de ti?, ¿qué hace una sevillana por Madrid?

Sandra sonríe.

—El trabajo me trajo hasta aquí. Cuando apruebas las oposiciones suelen mandarte a destinos como Madrid o Barcelona —explica Sandra—. Yo tuve suerte de venir aquí porque Álvaro, mi mejor amigo desde la infancia, vive en la ciudad desde hace varios años. A pesar de que he viajado bastante, no me siento del todo cómoda en sitios tan grandes y tener a alguien que esté cerca de mí, es un gran apoyo.

Un pensamiento intruso serpentea la mente de Antonia. Quiere decirle que no está sola, que ella también está cerca, pero cabecea sabiendo que no verbalizará lo que piensa, así que cambia el tema.

—¿Y novias has tenido muchas?

—Nunca he tenido ninguna —contesta Sandra.

Antonia Mayot no se esperaba esa respuesta.

—Mientes —afirma la doctora.

—Pese a lo que pueda pasar por esa cabecita, nunca he conectado con ninguna mujer. He salido con muchas, eso sí, pero me cuesta mucho entablar una relación.

—¿Y eso por qué? —inquire la doctora con genuino interés.

—No lo sé —contesta la agente botando los hombros y Antonia pone los ojos en blanco—. Te digo la verdad —dice Sandra y detiene lo que está haciendo para enfocar a la doctora—. Con algunas he perdido el interés, con otras no he encajado por su personalidad y con las que han querido entablar una relación desde el primer día, me he sentido agobiada.

La conversación se ve interrumpida porque Morgan entra dando coletazos a la cocina reclamando su parte de esa comida que está preparando Sandra y que al parecer se le antoja deliciosa. Sandra abre la nevera y le da un trozo de manzana que el perro acepta de inmediato y desaparece para comérselo en soledad. Sandra aprovecha para servir las chuletas con patatas y una ensalada mixta a la que le ha echado todo lo que ha encontrado.

—Está todo muy bueno —dice Antonia al cabo de unos minutos que han servido para que ambas empezaran a comer.

Sandra le guiña un ojo y Antonia siente un pellizco en el pecho.

—¿Solo has estado con hombres? —suelta Sandra una pregunta que le quemaba por dentro. No le ha parecido que Antonia fuera totalmente heterosexual, pero le extraña que no le haya hablado de ninguna mujer.

—Formalmente, sí —contesta Antonia y se lleva un par de patatas a la boca.

—¿O sea que solo has tenido líos con chicas?

—Sí, salidas puntuales y líos de una noche. Nunca he tenido una relación seria con una mujer —explica la doctora—. Y antes de que me preguntes el motivo; las mujeres me agobian —dispara—, son demasiado intensas. Los hombres son más sencillos de llevar.

Sandra no da crédito a lo que escucha.

—Yo no soy una experta en relaciones, pero pienso que no todas las mujeres somos así. Cuando conoces a alguien hay muchas ganas de todo porque es algo nuevo, pero luego poco a poco se va normalizando. Yo, por ejemplo, siempre he respetado el espacio y no me he considerado ni intensa ni agobiante —explica Sandra—, aunque no puedo hablar mucho porque no he tenido ninguna relación seria.

—Yo no he tenido esa experiencia, todo lo contrario, y por eso nunca formalizaré nada con ninguna mujer —dice Antonia y Sandra siente veinte mil cuchillos atravesándole la piel y no sabe por qué.

—Pues creo que te equivocas —habla la policía sin poder controlar esa molestia que siente—, porque te has decidido por los hombres y tus matrimonios no hablan precisamente de aciertos.

Antonia encaja el comentario como puede, pero antes de que pueda contestar observa como Sandra recoge los platos de la isla y se gira para dejarlos en la pica de fregar los platos.

—Si no te importa, voy a tumbarme un rato, tengo mucho cansancio acumulado y me gustaría recuperarme —dice Sandra.

Antonia no dice nada y sigue con la mirada a la agente hasta que desaparece de su vista, dejando a la doctora confundida y meditabunda por sus palabras.

CAPÍTULO 14

Antonia y Sandra ya llevan una semana conviviendo y, aunque para sorpresa de la doctora han sobrevivido sin matarse entre ellas, Antonia siente que en cualquier momento se le puede caer el techo encima. Son demasiadas horas encerradas, por no hablar de que la presencia de Sandra la tiene en un permanente estado de confusión porque en ocasiones quiere tirarla por la ventana y en otras solo piensa en las ganas que tiene de volver a besarla. Tratando de mostrarse dócil para no enfadar más a la inspectora Ferreras, ha seguido los consejos de Sandra evitando hacer salidas innecesarias, por lo que desde que la agente Cruz se mudó con ella, Antonia solo sale para pasear a Morgan e ir al trabajo, y si no se da un respiro, está segura de que acabará estallando.

Sin consultar a Sandra, descuelga el teléfono y llama a su excuñada para ver si puede quedar con ella esa noche para cenar y despejarse, y solo cuando esta le confirma que pueden verse, es cuando se acerca a la agente y le suelta la bomba.

—Esta noche voy a salir a cenar con mi excuñada —suelta dejándole claro a la agente que no le está pidiendo permiso, sino avisándola—, puedes acompañarme o quedarte aquí, pero nada me impedirá cruzar esa puerta.

Sandra, que está sentada en el sofá entretenida con su móvil, levanta la vista de la pantalla para observar el rostro sofocado de Antonia. Podría protestar y discutir con la doctora, pero sabe que no servirá de nada y por lo menos ha conseguido dar un paso y que Antonia la avise antes de hacer algo, cosa que antes era imposible, así que decide no llevarle la contraria porque si ella cede en algo, a Antonia no le quedará más remedio que ceder también en otra cosa.

—Está bien —dice Sandra.

—¿En serio? —se sorprende Antonia, que arquea una ceja y después entorna la mirada con desconfianza.

—Sí, muy en serio —responde Sandra—, pero solo a cenar y después de vuelta para casa.

—Y una leche —brama Antonia.

Sandra arquea una ceja, ladeando la cabeza de tal modo que, a la doctora, le queda muy claro que está tentando a la suerte.

—La cena y una copa, solo una —pide Antonia con tono casi infantil.

La policía suspira y asiente.

—De acuerdo, cenar y una copa, pero ten claro que yo voy a ir contigo, eso no es negociable —aclara Sandra.

—Me parece bien —concede Antonia.

Antonia pasa el resto de la tarde con una mentalidad completamente diferente, el solo hecho de saber que va a salir y hacer algo que no sea pasear con Morgan o trabajar, la tiene de un sorprendente buen humor. Sandra lo ha dispuesto todo para que la patrulla las acompañe a dondequiera que vayan y, cuando llega la hora, sus compañeros las recogen y las dejan en la puerta del restaurante donde la doctora se ha citado con su amiga.

—Esto no será peligroso, ¿verdad? —pregunta Marta cuando se sientan a cenar, después de que Antonia le presente a Sandra oficialmente.

—No es el mejor de los escenarios dada la complejidad de la situación de Antonia —responde Sandra soltando el dardo—, pero como esta vez Antonia ha tenido el detalle de avisarnos, lo hemos dispuesto todo y tenemos la zona vigilada.

Antonia le dedica una mirada fulminante que se suaviza de manera inmediata cuando Sandra le dedica una sonrisa traviesa. Durante la cena, la agente se mantiene en silencio y expectante a todo lo que pasa a su alrededor mientras Antonia y Marta hablan de temas banales y sin importancia, aunque siempre tiene el oído puesto por si en algún momento tocan algo personal sobre la doctora, porque eso le interesa mucho a pesar de que Antonia dejase muy clara su posición sobre las relaciones con mujeres. Desde entonces, Sandra trata de evitar cualquier roce con ella porque se le antoja una mujer inalcanzable, aunque la mayoría de las veces, controlar el impulso de querer besarla es muy difícil.

—¿Vamos a Chueca a tomarnos esa copa? —propone Marta.

Antonia la mira levantando las cejas.

—¿Qué? Ya sabes que me gusta más ese ambiente que el mío —se defiende su excuñada.

A Sandra le cuesta un poco comprender a esas dos mujeres. La primera arrastrando dos matrimonios fracasados con hombres que se niega a mantener relaciones serias con mujeres y la segunda prefiere ir a bares de ambiente a pesar de que es heterosexual.

Acaban entrando en un local grande que tiene cuatro barras repartidas en las esquinas y en que suena una música bastante pegadiza. Se piden una copa —la de Sandra sin alcohol— y se quedan en la barra comentando lo llenas que están tras la cena cuando la agente enseguida se percata de que hay un grupo de chicas que las mira. No es capaz de discernir si miran a alguna de las tres en concreto y tampoco se interesa mucho porque, aunque una de ellas es muy mona y la Sandra de hace unas semanas no hubiera dudado en mostrarse interesada, la Sandra de ahora —por mucho que le pesa— solo tiene interés en una doctora que solo la quiere para pasar el rato. Se gira para coger su copa y dar un sorbo largo que la ayude a tragarse esa amargura y cuando vuelve a girarse, las tres chicas están a su lado y una de ellas no se corta al dirigirse a Antonia.

—Perdona que sea tan directa, pero ¿estáis juntas? —pregunta desviando la mirada hacia Sandra con interés.

Sandra no está segura de sí es que está desentrenada o que se ha perdido algo, pero no termina de comprender por qué la chica le pregunta algo así a Antonia. Una

incomodidad repentina recorre el interior de Antonia cuando se da cuenta de que, de su respuesta depende la siguiente acción de la mujer que tiene delante. Si dice la verdad, probablemente tratará de ligar con Sandra, pero si miente...

—Sí, claro. ¿Por qué? —miente con descaro mientras pasa una mano por la espalda de Sandra, que se tensa como la cuerda de un arco, mientras que Marta trata de que la mandíbula no se le descuelgue.

La chica sonríe y encoge los hombros antes de darse la vuelta y marcharse con sus amigas por dónde ha venido. Antonia, que de repente siente la intensidad de la mirada interrogante de Sandra y la perplejidad de su excuñada, aparta la mano y coge su vaso para terminarse lo que le queda de un solo trago como si allí no hubiera pasado nada.

Sandra está tan descolocada por lo que acaba de suceder, que mientras lo procesa, es Marta la que se le adelanta con sus dudas.

—¿Me he perdido algo? —le pregunta a Antonia.

—No sé de qué me hablas —bufa la doctora—. Deberíamos marcharnos ya, le he prometido a mi canguro que solo nos beberíamos una copa y no quiero darle motivos para que le vaya con el cuento a la inspectora.

Antonia deja el vaso vacío sobre la barra y empieza a caminar hacia la salida. Sandra, que ha decidido que prefiere hablar a solas con Antonia, comienza a seguirla hasta que llegan a la calle y se despiden de Marta, que no deja de mirar a su excuñada con media sonrisa ladeada que ya no hay quien le borre.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Sandra en cuanto entran en el apartamento de Antonia.

—He supuesto que no querías que nadie te molestase mientras trabajas —suelta Antonia y Sandra alucina con lo que escucha.

—Ya, claro. ¿Crees que soy estúpida? Es la segunda vez que lo haces, Antonia. Primero con tu ex y ahora con esa chica. No quieres nada serio con ninguna mujer, pero al parecer, en cuanto alguien trata de ligar conmigo, te sientes amenazada y solo te falta mearme como un perro. Al menos podrías tener la decencia de admitirlo.

Antonia la mira, furiosa, pero tiene que tragarse su rabia porque sabe que Sandra tiene razón.

—Está bien, no me apetecía ver cómo esa mujer ligaba contigo, ¿contenta? —pregunta frente a ella.

Sandra sí que está contenta, pero no se lo dice porque en su lugar la coge por el cuello de la camisa y la besa con pasión. Esta es la primera vez que es ella la que toma la iniciativa con el miedo de que Antonia la rechace, pero la doctora la recibe con muchas ganas y no pone objeción alguna cuando Sandra, entre besos y caricias, la va guiando hacia su habitación.

—Hoy vamos a hacer el amor en condiciones —susurra Sandra empujando a Antonia sobre la cama.

A la doctora le tiembla cada músculo del cuerpo cuando Sandra comienza a quitarse la ropa frente a ella, pero le tiembla mucho más cuando se inclina sobre ella y se

dedica a desnudarla muy despacio, repartiendo besos húmedos por cada porción de piel que va descubriendo hasta que por fin tiene a la doctora completamente desnuda y ebria de excitación. Lo siguiente que recordará Antonia, serán los dos orgasmos prácticamente encadenados que la policía le provoca cuando hunde la lengua entre sus piernas y dedica todo el tiempo necesario para llevar a la oncóloga a lo más alto.

Cuando Antonia abre los ojos a la mañana siguiente, se encuentra con la mirada de Sandra clavada en ella. La agente, que lleva rato despierta y a ojos de la doctora está preciosa, le dedica una sonrisa tonta y la sigue mirando como si fuera una obra de arte.

—¿Sabes que estás muy guapa cuando duermes? —pregunta Sandra apartándole un mechón de pelo de la frente—. Tienes la expresión relajada y no hay ni rastro de esa mujer tensa y borde que sueles ser la mayor parte del día.

La agente se acerca y le da un beso en los labios que Antonia le devuelve, pero su cuerpo ya se ha tensado y le han saltado todas las alarmas.

—Esto no cambia nada, Sandra —suelta sin anestesia—, sigo pensando lo que te dije, así que entre tú y yo nunca habrá nada que vaya más allá de lo sexual.

Incluso la propia Antonia se da cuenta del poco tacto que ha tenido, pero la reacción de Sandra al despertarse le ha provocado pavor, sobre todo porque le ha gustado encontrarla ahí y ver su sonrisa de buena mañana, y Antonia no sabe gestionar las cosas que no tiene controladas o previstas. Y está claro que comenzar a sentir cosas fuertes por la policía, no es algo que estuviera dentro de sus planes.

—Claro —responde Sandra, muy dolida.

La agente no dice nada más y se levanta de la cama para encerrarse en el baño antes de que el nudo que le estrangula la garganta la deje sin aire delante de Antonia. Coloca las dos manos en el borde del mármol y lo aprieta con fuerza para dejar salir una rabia que va más contra ella misma que contra Antonia. Por su cama han pasado muchas mujeres a las que les habría gustado quedarse y ha sido ella la que no se ha sentido cómoda con ninguna, y cuando por fin sucede y se despierta al lado de una mujer con la que no le importaría hacerlo cada día, es esta la que la rechaza.

CAPÍTULO 15

El ambiente tenso entre la doctora Antonia Mayot y la agente Cruz es tan incómodo que hasta Morgan ha preferido quedarse tumbado en una de sus cuatro camas repartidas por todo el apartamento y huir del malhumor de las mujeres con las que convive. El perro estira las patas traseras y cierra los ojos para empezar a roncar de inmediato y dejar que esas dos locas resuelvan sus problemas lo antes posible.

—¿Ya estás? No quiero llegar tarde —pregunta Antonia con impaciencia.

En realidad, van en hora, pero Antonia necesita salir de ese asfixiante apartamento lo antes posible. No es que se hayan quedado dormidas ni mucho menos, todo lo contrario, ninguna de las dos ha pegado ojo en toda la noche porque desde el día anterior por la mañana, tanto la una como la otra han intentado evitarse a toda costa. Sandra está dolida, no entiende cómo Antonia puede ser tan fría cuando es tan obvio —al menos para ella— la conexión que existe entre ellas. Hicieron el amor de una manera exquisita, los besos profundos y las caricias infinitas que se regalaron esa noche demuestran que lo que tuvieron fue más que un polvo. Pero la doctora Mayot se niega a aceptar que Sandra le encanta, ella, que mantiene su pensamiento firme en cuanto a ir más allá con una mujer, no va a aceptar que una agente de policía por fin ha conquistado el difícil corazón de la oncóloga.

Sandra levanta la mirada y la clava en Antonia. Se está atando los zapatos y el corazón le martillea el pecho con desespero. Ha tomado una decisión; esa tarde, en cuanto asegure a la doctora en su piso, irá a comisaría para hablar con la inspectora Ferreras y decirle que no puede seguir al lado de Antonia. No fue fácil para ella tomar esa decisión, estuvo toda la noche pensándolo, pero no puede —ni quiere— estar al lado de una mujer que le muestra su cara más bonita solo cuando quiere y el resto del tiempo, se pone esa careta que a Sandra se le antoja más aterradora que una de las que se encuentran en el bazar para las fiestas temáticas.

—Sí, ya podemos irnos —contesta la policía con seriedad y Antonia se queda paralizada al percibir una mezcla de dolor y desilusión en su mirada.

—Mañana he quedado para comer con Marta —comenta Antonia en cuanto entran en el ascensor. Sabe que no puede salir mucho, pero lo necesita.

—Vale —se limita a contestar Sandra. Con suerte, mañana no será ella quien esté allí.

Antonia se remueve incómoda. Sabe que tiene que disculparse con Sandra por la forma en la que reaccionó, pero no sabe qué le pasa, no es capaz de abrir la boca para sacar el tema. Se pasa la mano por la frente porque en su cabeza hay una batalla campal entre recordarle a la agente de policía que ella siempre ha sido sincera con respecto a las

relaciones amorosas entre mujeres y empujarla contra la pared del ascensor y besarla hasta borrar esa cara ceñuda que tiene desde el día anterior.

—Doctora Mayot —la llama Sandra—. ¿No tenía prisa?

Antonia sale de su trance y se da cuenta de que ya han llegado a la planta baja y ella sigue dentro del ascensor.

—Sí, vamos —contesta Antonia y cierra los ojos con fuerza. Quiere darse un sopapo ella misma por lo borde que es.

Llegan al hospital sin intercambiar una sola palabra. Antonia está en la acera esperando que el semáforo de peatones le dé paso para poder cruzar la calle y entrar al hospital, Sandra detrás de ella lo observa todo como siempre, aunque está dolida y cansada, el trabajo tiene que hacerlo. Apenas la luz verde aparece, Antonia camina con velocidad, necesita refugiarse en su despacho y escapar del olor y la mirada de su acompañante. Están a punto de atravesar las puertas del centro de salud cuando ocurren varias cosas; de la nada aparece un tipo que saca un cuchillo de grandes dimensiones y se abalanza sobre Antonia. Sandra reacciona y se interpone entre la doctora y su atacante. El cuchillo atraviesa a la agente no una, sino dos veces. La policía chilla porque el dolor le quema, pero logra reunir fuerzas y empujar al desconocido, haciendo que este trastabille y caiga al suelo igual que ella. Sandra, empapada en sangre, se lleva la mano a la cintura para sacar su arma. Antes de que pueda hacerlo, escucha tres detonaciones. Gira la cabeza, Antonia está a salvo y el agente Flores se ha cargado al hijo de puta que pretendía matar a la doctora Mayot.

—Cruz, ¿puedes oírme? —pregunta Flores mientras le levanta la camiseta a Sandra para valorar el daño que han causado las dos puñaladas.

Sandra está mareada, el dolor le hace tener náuseas y todo a su alrededor parece ir más lento. Asiente como puede, pero se siente tan entumecida que no cree que su compañero haya captado el movimiento. De repente, aparece la figura de Antonia Mayot ante sus ojos y Sandra respira con una tranquilidad que la asusta porque algo le dice que ya puede dormir tranquila. Antonia grita, toca a Sandra por todas partes buscando más heridas y, solo cuando se asegura de que son dos, mete los dedos en los orificios para taponarlos, ha perdido mucha sangre y la lividez en el rostro de la policía le hace pensar que, si no la atienden ya, podría perder la vida.

—Sandra, abre los ojos, mírame —le pide Antonia angustiada.

La agente no se mueve.

—Por favor, mírame, aunque sea una vez más —la súplica le ha salido a Antonia del alma y con voz temblorosa sigue hablándole a la agente, pero Sandra no da ninguna señal.

De repente, aparece un médico que Antonia no puede reconocer y dos enfermeros. Le piden que se eche a un lado, pero Antonia Mayot no está dispuesta a dejar a Sandra sola. Se mueve lo necesario para que los sanitarios asistan a la policía y cuando la suben a la camilla, sale detrás de ellos como si fuera la guardaespaldas.

—No puedes entrar con ellos, Antonia —escucha decir y se gira hecha una furia.

El duelo de miradas entre ella y Olga Montoya es algo a lo que el resto de mortales no están acostumbrados. Las dos doctoras se miran fijamente, la directora con firmeza y

compasión, Antonia con miedo y desesperación.

—Claro que voy a entrar —dice Antonia con convicción—. Sandra está ahí dentro porque me ha protegido, si no fuera por mí, ella estaría bien.

Olga se acerca y le pone ambas manos en los hombros.

—Sé que estás asustada, pero nada de esto es culpa tuya. La agente Cruz estaba haciendo su trabajo y lo ha hecho muy bien —explica con lentitud—. Ahora se están encargando de ella y harán todo lo necesario para que esto quede en un mal momento y nada más.

A Antonia cientos de imágenes se le cruzan por la cabeza, pero las que se repiten en bucle son las de Sandra riendo, haciéndole el amor, decepcionada después de que Antonia la rechazara y tendida en la acera, inconsciente. El agobio la arrolla como un tren a máxima velocidad y la ansiedad la domina por completo, haciendo que le sea casi imposible respirar.

—Trae una silla —Antonia escucha los gritos de Olga de forma amortiguada—. Le está dando un ataque de ansiedad, llévala a un box y suminístrale un calmante.

Media hora después, la doctora Mayot está acostada en una camilla con el pulso controlado y más tranquila. Olga no se ha movido de su lado y solo ha salido un par de minutos para saber el estado de Sandra. A la agente la están operando porque la hemorragia interna estaba siendo imposible de controlar.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Elena Silva, que se ha pasado por el box cuando su novia la ha avisado de lo ocurrido.

—En la mierda —responde Antonia y Elena le coge una mano.

—Sandra está bien, ha tenido suerte y las heridas no han sido graves —explica Elena, que antes ha pasado por el quirófano.

—No lo vi venir —suelta Antonia y una lágrima le rueda por la mejilla—. Estaba tan obcecada por entrar al hospital, que cuando me di cuenta, Sandra estaba empujándome hacia un lado.

—Lo peor ya ha pasado —interviene Olga Montoya—. Ahora le tocará recuperarse y en un par de meses, todo volverá a la normalidad.

—Ya verás como en nada, tu chica y tú lo habréis superado —suelta Elena como si nada.

Olga la mira y varios segundos después, niega con la cabeza.

—Ella no...

—Estás enamorada de ella, Antonia. Lo sabes, ¿no? —la interrumpe Olga, que ya está harta del juego que se traen la policía y la oncóloga.

—Es solo... Nos llevamos bien —contesta, nerviosa—. Hemos pasado muchas horas juntas y me preocupo por ella.

Olga chasquea la lengua. Elena mira a Antonia ladeando la cabeza.

—Las miradas, la complicidad y los gestos que tenéis, no pasan desapercibidos —zanja Olga—. Todo el hospital tiene claro que estáis liadas, Antonia. Cuanto antes lo asumas, antes podrás quitarte ese escudo absurdo que tienes puesto con el que finges que

tu preocupación es por la pobre chica que te protegía y no por la mujer a la que quieres.

Antonia no dice nada, no porque no quiera, sino porque no sabe qué decir. Se queda pensativa repitiendo en su mente cada una de las palabras que la directora Montoya le ha dicho y concluye que puede tener razón y que sería la primera vez que Antonia Mayot se ha enamorado de una mujer.

CAPÍTULO 16

Antonia está tensa, Olga acaba de comunicarle que ya han llevado a Sandra a una habitación y de repente no sabe cómo debe actuar.

—Relájate —le aconseja Olga Montoya al ver que de nuevo empieza a respirar muy rápido—, lo último que necesita Sandra es que la estreses, además, si veo que te vuelves a poner nerviosa, no te dejaré acercarte a ella.

—Estoy bien —asegura Antonia—, es solo que no sé qué decirle —le explica angustiada a la directora.

—Tú no le tienes que decir nada, lo que ha pasado no ha sido culpa tuya, solo tienes que entrar ahí y hacerle compañía. Hemos tardado mucho en localizar a la persona de contacto que había en su móvil y todavía no ha llegado —dice Olga.

—¿Qué persona? —curioseas Antonia.

—No lo sé, un hombre.

Antonia arquea las cejas y se encamina hacia la habitación mientras se pregunta si será su padre, o quizá su hermano. Lo cierto es que no sabe nada de la vida de Sandra y ahora se siente todavía más culpable.

—Hola —saluda la doctora en cuanto abre la puerta.

Sandra no tiene el mejor de los aspectos, parece muy cansada y dolorida y, aun así, en cuanto la ve, le sonrío realmente agradecida de que Antonia esté allí. La doctora se acerca y, en cuanto le coge una mano a la policía, se inclina sobre ella y le da un beso en los labios sin poder controlarse.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con voz angustiada.

—Ahora mucho mejor —se señala los labios Sandra.

Antonia no comprende cómo puede ser capaz de bromear en un momento así, ella estaría muy irascible después de que un loco la hubiera apuñalado, pero esa es la diferencia entre Sandra y ella, que la policía siempre tiene una sonrisa a pesar de las circunstancias y Antonia no está dispuesta a que desaparezca.

—Si quieres te doy otro —dice y la vuelve a besar.

Sandra sonrío de nuevo y al intentar moverse se hace daño. Antonia se asusta.

—Debes estarte quieta, se te podrían abrir los puntos —le advierte colocándole una mano sobre el pecho con suavidad.

Sandra la mira en silencio y de repente, a Antonia le comienza a temblar el labio inferior de un modo que le cuesta controlar. La doctora se pone la mano encima y se

aprieta los labios mientras traga saliva hasta que consigue disipar el nudo en la garganta.

—Lo siento mucho, Sandra —logra decir con tono angustiado.

—Esto no es culpa tuya, Antonia, lo importante es que tú estás bien —dice Sandra.

Antonia la mira y necesita unos segundos para volver a disolver otro nudo de angustia un poco más grande que el anterior. Esta vez los ojos se le encharcan, pero se niega a dejar que una sola lágrima escape de sus ojos porque es demasiado orgullosa para eso.

—Lo que te ha pasado no es lo único que siento —dice Antonia.

La policía la mira sin pestañear. Desde que Antonia ha entrado en la habitación, parece una mujer diferente. Sandra está segura de que, si toca la tecla adecuada, la doctora se romperá y confesará lo que realmente siente, pero la agente no quiere aprovecharse de su vulnerabilidad, así que decide continuar la conversación dejando que sea la propia Antonia la que tome la iniciativa.

—¿Qué es lo que sientes entonces? —tantea Sandra notando que el corazón se le acelera como un potro desbocado.

—Lo tonta que he sido y lo mal que me he comportado contigo estos últimos días...

La puerta se abre y Antonia deja de hablar cuando dos hombres visiblemente alterados irrumpen en la habitación. Sandra nunca había tenido ganas de matar a Javi y a Álvaro hasta este momento que acaban de interrumpir la que probablemente era la conversación más importante que iba a tener con Antonia.

Los dos se abalanzan sobre la agente con cuidado mientras balbucean un montón de palabras que para Antonia parecen inconexas. Ella lo único que tiene claro es que son pareja, porque cuando terminan de besuquear a Sandra, se abrazan entre ellos con alivio tras comprobar que está bien.

—Sois un poco dramáticos —dice Sandra, feliz de verlos ahí.

—¿Dramáticos? —responde Álvaro—. ¿Y cómo se supone que tengo que actuar si me llaman de un hospital para decirme que han apuñalado a mi mejor amiga? Por poco muero de un infarto, ¿sabes? —dice sin apenas coger aire, entonces sus ojos se clavan en Antonia y se olvida por completo del susto que se ha llevado—. Tú debes de ser Toñi —dice y sonríe apartándose de su marido.

—¿Toñi? —frunce el ceño Antonia, que mira de reojo a Sandra.

—Lo siento, le dije que no te gusta que te llamen Antonia —dice la policía.

—Ya —dice Antonia, pero sus palabras caen en saco roto porque Álvaro llega a ella y le estampa dos besos.

Antonia se queda inmóvil ante la mirada divertida de Sandra, que disfruta viendo la tensión en la doctora.

—En fin —dice Álvaro, ajeno a la incomodidad de Antonia—, ya lo tenemos todo resuelto.

—¿Resuelto? —pregunta Sandra sin comprender.

—Pues claro, no pretenderás quedarte en esta habitación tú sola, ¿verdad? —

pregunta, escandalizado—. Yo me iré en un rato y Javi se quedará aquí el resto del día. Yo volveré a la hora de la cena y me quedaré contigo por la noche. Haremos unas llamadas y estará todo resuelto en el trabajo en un...

—Eh, eh, relájate —lo corta Antonia—. Te llamas Álvaro, ¿verdad? —pregunta la doctora.

Álvaro detiene su verborrea y la mira boquiabierto.

—Sí, claro —responde mirando a Javi de reojo.

Sandra no sabe lo que va a ocurrir, pero no puede contener una sonrisa tonta al ver la expresión dura de Antonia.

—Pues no hace falta que hagas ninguna llamada, Álvaro —dice Antonia—, ni que él se quede todo el día ni tú vuelvas por la noche. La única que se va a quedar aquí soy yo —suelta la doctora.

Javi y Álvaro se miran entre ellos, desconcertados, y después miran a Sandra buscando una explicación. La agente quiere gritarle a Antonia que ella no es nadie para decidir quién se queda con ella, pero lo cierto es que está loca de contenta ante la idea de que sea Antonia quien le haga compañía y cuide de ella mientras está convaleciente, ya que lo siguiente que va a hacer, es llamar a su madre, quitarle importancia a lo sucedido y asegurarle que no es necesario que vengan a verla.

—No hace falta que te quedes, Mayot —dice Sandra con la boca pequeña—, ni vosotros tampoco. Esto es un hospital, estaré bien.

—He dicho que me quedo, y no hay discusión. Tú has cuidado de mí y yo voy a cuidar de ti, y no porque piense que te debo la vida —dice Antonia—, es porque quiero y necesito hacerlo. Ahora os dejo un rato a solas para que habléis de vuestras cosas, pero solo unos minutos, Sandra necesita descansar —dice mirando a Javi y a Álvaro.

La doctora sale de la habitación sin decir nada más y los dos amigos se giran hacia Sandra, que está tan emocionada por lo que acaba de escuchar que no sabe qué decir ante la mirada interrogante del matrimonio.

CAPÍTULO 17

—¿Cómo se siente, agente Cruz? —pregunta la inspectora Rita Ferreras.

—Como si me hubieran apuñalado dos veces —contesta Sandra y Rita no sabe si reírse del chiste de mal gusto o suspenderla por dárselas de graciosa.

Sandra Cruz ha pasado la primera noche en el hospital y no ha sido tan mala como imaginó. Las enfermeras se encargaron de asearla y pudo probar bocado después de horas sin comer. Una sopa sin sabor y un par de gelatinas fue lo que le ofrecieron, pero a ella le supo tan bueno como una mariscada frente al mar. La doctora Mayot no paraba de dar órdenes y supervisar, tanto los cuidados como la medicación que le suministraban a la agente. Fue tal la situación, que Olga Montoya tuvo que reñirla y pedirle que dejara de acosar a su personal o de lo contrario la sacaría del hospital sin pensárselo dos veces. Antonia aceptó a regañadientes, no sin antes tildarlos de exagerados porque, según ella, solo estaba ayudando a hacer las cosas bien. En cuanto llegó la hora de dormir, Sandra estaba adormecida por los calmantes y Antonia dispuso el sillón para acompañantes cerca de la cama de la agente. Se echó la manta por encima y, después de decirle a Sandra que estaría despierta toda la noche vigilando que estuviera bien, encendió su libro electrónico para quedarse dormida en apenas cinco minutos. La doctora Mayot abrió los ojos a las seis de la mañana cuando las enfermeras entraron y encendieron la luz. Intentó disimular, pero la sonrisa burlona de la agente de policía le confirmó que había sido descubierta. Una hora más tarde, la inspectora Ferreras entraba a la habitación.

—¿Está usted bien, doctora Mayot? —pregunta la inspectora a Antonia, que está de pie frente a la cama controlándolo todo como un halcón.

—Perfectamente —contesta Antonia, parca. Se da cuenta de que vuelve a ser odiosa, así que intenta arreglarlo—. Gracias por todo, inspectora.

—No me las dé a mí —contesta Rita mirándola fijamente—. Gracias a Cruz está usted a salvo.

Antonia levanta la mirada y la conecta con la de Sandra. Son apenas unos segundos, pero la corriente que se expande entre ellas es tan fuerte que la inspectora carraspea haciendo que las dos mujeres giren la cabeza hacia Rita.

—¿Qué puede decirnos del agresor, inspectora? —pregunta Sandra mientras intenta estabilizar sus pulsaciones.

—Fue abatido en el mismo momento en que atacó a la doctora Mayot, o más bien a usted. El agente Flores llegó hasta donde estaban en cuanto se dio cuenta del forcejeo entre él y usted. Cuando se le dio el alto, el hombre levantó el cuchillo con gesto amenazante y como consecuencia recibió tres disparos mortales.

Antonia Mayot se tensa de forma evidente. El recordar ese momento ha hecho que vuelva a ponerse nerviosa, pero le asombra mucho que sea porque Sandra casi pierde la vida y no porque un maniaco quería acabar con la de ella. A la oncóloga le cuesta descifrar qué es exactamente lo que siente, la agente le gusta, pero pese a todo, sigue albergando dudas. Sandra nota el cambio repentino en Antonia y frunce el ceño haciéndole una pregunta silenciosa sobre su actitud. La doctora Mayot, que no quiere que Rita Ferreras siga observándolas como si ellas fueran sospechosas de un crimen, le guiña el ojo a la agente de policía y se mantiene en un segundo plano sin intervenir.

—El jefe está muy orgulloso —continúa Rita—. Una vez que cumpla la baja y vuelva recuperada a sus funciones, se le hará entrega de un reconocimiento por su excelente desempeño y valor.

Rita Ferreras no puede seguir hablando porque la puerta de la habitación se abre de manera escandalosa y una mujer entra a toda prisa haciendo que las que ya están dentro se giren a mirarla.

—Lo siento —se disculpa Marta, la mejor amiga de Antonia.

—Yo ya me iba —contesta Rita—. Doctora Mayot, tendrá que pasar esta tarde por comisaría para declarar.

—Lo haré en cuanto a Sandra le den el alta —contesta la doctora con su conocido tono altanero.

Rita eleva una ceja y la mira con un deje de diversión que desconcierta a Antonia.

—La directora Montoya me dijo que se aseguraría de que usted iría hoy mismo a comisaría.

Antonia bufa, está harta de ese tejemaneje que se traen Rita y Olga como si ellas fueran las dueñas de su vida. En el fondo lo agradece porque si no fuera por las exigencias de esas dos mujeres, ella ahora, quizá, no estaría allí presente. La doctora Mayot asiente con la cabeza y la inspectora también lo hace, satisfecha. Rita se despide de todas y se marcha dejando a las tres en silencio.

—¿Cómo estás, Sandra? —se interesa Marta y se acerca a la cama.

—Bien —sonríe la agente—. Parece peor de lo que es, pero no ha sido tan grave.

Marta hace un gesto de sorpresa.

—Para estar ahí en esa cama de hospital y haber sido operada de urgencia... No sé, no soy médico, pero diría que algo de gravedad tiene que haber —opina Marta.

—Claro que ha sido grave —se enfurruña Antonia—, pero ella parece que no lo ve. Recibió dos puñaladas profundas y solo fue porque la suerte la acompañó que no le destrozó ningún órgano vital.

Marta se acerca a su amiga y le coloca la mano en la espalda baja en una clara intención de apoyo. Conoce muy bien a Antonia y bajo ese tono de voz tan seco, se esconde una mujer que aún tiene miedo por lo sucedido.

—La suerte no existe, doctora —dice Sandra y sonríe para rebajar la tensión que se ha formado en unos segundos.

La doctora Mayot resopla, sigue sin comprender cómo Sandra puede bromear en un

momento así, pero empieza a conocer como es la agente y entiende que forma parte de esa personalidad que a Antonia le atrae tanto.

—¿Tienes tiempo para que tomemos un café? —pregunta Marta mientras mira su reloj de pulsera.

Antonia alterna miradas entre su amiga y la agente. Nerviosa porque sabe que necesita despejarse, pero con la certeza de que no quiere dejar a Sandra sola. La agente parece entender esa pelea interna que mantiene Antonia consigo misma y decide intervenir.

—Ahora me tocan las curas y desayunar. Id a tomar un buen café y comeros un bocata inmenso, por favor —dice Sandra y saliva porque es ella la que desearía engullir uno, pero sabe que tendrá que pasar al menos una semana para que pueda empezar a comer ese tipo de alimentos.

—¿Segura? —pregunta Antonia, aún indecisa.

—Segura —confirma la agente y le guiña un ojo.

Antonia se acerca a la cama y titubea, pero como empujada por un ente invisible, se inclina y le besa los labios a la agente. Sonríen como dos tontas y Sandra deja una caricia en la mano de la doctora Mayot antes de que esta se gire y salga de la habitación con Marta.

Antonia y Marta han caminado por los pasillos del hospital sin decir una palabra. Se han cruzado con varias doctoras en el camino, entre ellas Bárbara Martín, que iba llegando al centro de salud, y Elena Silva, que salía con dos cafés en la mano.

—Si yo fuera lesbiana, sin duda iría tras esa chica —comenta Marta después de que su amiga intercambiara algunas palabras con una de sus compañeras.

—La doctora Silva es la novia de la directora. Si fueras lesbiana, no se te ocurriría fijarte en la chica de Olga Montoya —zanja y Marta abre los ojos horrorizada. No conoce a la tal Olga, pero por la expresión de Antonia, no debe ser alguien muy amable.

Piden un par de cafés y unos sándwiches y se sientan en una de las mesas vacías. Antonia no habla y Marta la mira fijamente durante unos segundos, pero al ver que su amiga no abre la boca, decide lanzarse porque ha detectado que Antonia no está bien.

—No sé qué hacer —suelta Antonia antes de que Marta pueda decir algo.

Marta hace una mueca con los labios.

—Es normal que no sepas cómo reaccionar después de un hecho tan traum...

—No me refiero a eso —la interrumpe la oncóloga—, no sé qué hacer con Sandra.

—¿En qué sentido?

Antonia suspira.

—Me gusta, vale, lo asumo, pero sigo pensando que tener una relación con una mujer no es lo mío. Me agobiaría muy rápido y acabaríamos fatal. No soporto la intensidad que hay entre las mujeres, pero me gustaría seguir viéndola.

Marta no puede evitar soltar una sonora carcajada que hace que varias médicas y enfermeros se giren a verlas.

—¿Se puede saber de qué demonios te ríes? —pregunta Antonia de malhumor.

—Yo creo que estás equivocada —dice Marta, serenándose—. Aquí, querida, la intensa eres tú.

Antonia eleva las cejas al mismo tiempo que abre la boca. Marta levanta la mano, haciéndole una señal para que la deje hablar.

—Con Sandra eres posesiva y te gusta marcar territorio. Te recuerdo aquella noche en el bar de copas, cuando las chicas se acercaron, solo te faltó subir la pata y mearla para decirle al mundo que era tuya. No te estoy criticando —le asegura Marta—, te conozco bien y sé que no eres una mujer tóxica ni mucho menos territorial, pero con esa agente de policía te pasa algo y creo que no sabes gestionarlo. Mi intención es que abras los ojos porque parece que ni tú misma te das cuenta de lo que sientes por esa chica.

Antonia se aprieta las sienes con fuerza para luego darse un masaje. Está metida en una situación que no ha buscado, y mucho menos esperaba, y eso la tiene superada.

—Sandra está cambiando aspectos de mi vida —contesta Antonia con la boca pequeña—. A pesar de no querer tener algo serio con una mujer, con ella quiero muchas cosas.

—¿Y qué te frena? —pregunta Marta.

—No sé, es la primera vez que me pasa, además, no estoy segura de que ella quiera lo mismo.

Marta se cruza de brazos y pega la espalda a la silla en una actitud desafiante.

—No seas absurda, por favor —le pide su excuñada—, se nota que Sandra está coladita por ti. Pero en todo caso, si no lo tienes claro, habla con ella y listo.

Antonia dibuja una mueca de horror en la cara. Sabe bien cómo ha tratado a la agente y todas las palabras que le ha dicho, sobre todo aquellas que remarcaban su negativa de tener con ella algo más allá de un polvo. La doctora Mayot siente que se marea, no tiene ni idea de cómo manejar esta situación, pero algo tendrá que hacer para demostrarle a Sandra Cruz que es la mujer que ha logrado atravesarle el corazón. Se despide de Marta y, mientras camina de vuelta a la habitación sin saber cuál será su siguiente paso, llama a Pedro para preguntarle cómo está Morgan, ya que tuvo que pedirle que utilizara la llave que le dio de su apartamento para casos de emergencia como este y fuera a buscar a su perro.

CAPÍTULO 18

—¿A qué hora piensa venir la doctora? —pregunta Sandra por tercera vez.

Antonia, hastiada, comprueba su reloj y ve que no hace ni cinco minutos que se lo ha preguntado.

—Está haciendo la ronda, llegará cuando llegue, ¿puedo seguir leyendo o vas a preguntarme lo mismo dentro de un minuto? —dice Antonia, sacudiendo su libro electrónico en el aire.

Sandra arruga los labios y resopla. Ya lleva cuatro días en el hospital y está que se sube por las paredes. Ayer la dejaron salir a caminar por los pasillos y pensaba que eso le calmaría un poco el agobio que tiene, pero no es suficiente, la agente necesita salir del hospital, que le dé el sol y respirar aire fresco para terminar de recuperarse.

—Por fin —exclama cuando la puerta se abre y por ella entra la doctora Salcedo, la misma que la operó y la que ha seguido su evolución desde entonces.

—¿Por fin qué? —pregunta la doctora con una sonrisa.

—¿Me va a dar el alta hoy?

Antonia levanta la cabeza de su libro y taladra a Sandra con la mirada.

—Pues la verdad es que no es mi intención, pienso que un par de días más aquí te irán bien para...

—Pero yo necesito salir —la interrumpe Sandra con el tono de una niña caprichosa.

Antonia arquea las cejas, cada vez más sorprendida por la reacción inesperada de la agente esa mañana.

—Lo entiendo, Sandra, pero es importante que hagas reposo, las heridas son todavía muy recientes —responde la doctora.

—Lo haré en mi casa, tirada en el sofá mientras veo la tele —responde Sandra convencida.

—Tú no tienes sofá, ni tele —suelta Antonia.

Sandra la mira boquiabierta.

—¿Qué? —pregunta la doctora—, no sabes la de información que es capaz de darme tu amigo Álvaro sin que se la pida. Y he pasado muchas horas con él estos días.

La agente, que no sabe qué responder ante eso, se vuelve a centrar en la doctora Salcedo.

—Quiero que me dé el alta voluntaria, le prometo que haré reposo —insiste Sandra.

—¿Con quién vives? —le pregunta la doctora—. ¿Hay alguien que pueda cuidar de ti?

—Espere, ¿no estará dispuesta a ceder? —interviene Antonia horrorizada.

—Si pide el alta voluntaria no se la puedo negar, Mayot, y lo sabes —le contesta la doctora Salcedo, una de las pocas que no teme el mal carácter de Antonia.

—Venga ya, Salcedo, no puedes dársela, solo tiene una rabieta y...

—Quiero el alta voluntaria —repite Sandra mirando esta vez a Antonia de manera retadora.

Antonia aprieta la mandíbula cuando se da cuenta de que ya no hay nada que hacer.

—Está bien —contesta la propia Antonia—, pero con la condición de que te vengas a mi casa hasta que te recuperes. Yo cuidaré de ti, nada de marcharte a ese apartamento vacío en el que vives.

Sandra ladea una sonrisa triunfal y Antonia se da cuenta de que la ha manipulado como ha querido, pero no le importa, en el fondo, ella también está harta de estar en el hospital y Sandra solo necesita estar acompañada. Está segura de que Olga Montoya le dará unos días libres para cuidar a la agente, y si no se los da, se pondrá mala.

Mientras Sandra engulle la comida que Antonia ha pedido a domicilio, la doctora está en la habitación asegurándose de que todo está perfecto y a la agente no le falte de nada. Ha colocado dos mullidos cojines, uno para que pueda colocar los pies y otro para que apoye la espalda si quiere sentarse en lugar de estar tumbada.

—¿Por qué no comes conmigo? —insiste Sandra con la boca llena.

Después de tantos días comiendo comida de hospital, las croquetas, la ensaladilla rusa y las patatas asadas le saben a gloria, por lo que no puede parar de comer.

—Ahora no tengo hambre —contesta Antonia.

—Pues como no vengas pronto, a lo mejor no queda nada para ti —dice Sandra mordiendo una croqueta.

Antonia se asoma por la puerta y agarrada al marco, observa comer a Sandra. La doctora, que probablemente se enfadaría en cualquier otra ocasión porque ella también tiene hambre, no puede evitar sonreír al ver a la agente tan feliz por el simple hecho de haber salido del hospital.

—Come todo lo que te apetezca, yo me puedo hacer un par de huevos —dice Antonia. Tras eso, se acerca al televisor y comienza a desconectarlo.

—¿Qué haces? —pregunta Sandra con asombro.

—Llevarlo a la habitación por si te apetece ver la tele, en la cama estarás más cómoda que en el sofá —resuelve la doctora.

Sandra, sorprendida, no es capaz de decir nada antes de que Antonia coja el aparato y se lo lleve.

—Venga, tumbate con cuidado —dice Antonia acompañando a Sandra hasta la cama una vez que esta ha terminado de lavarse los dientes después de comer.

—Puedo caminar sola, Antonia, no hace falta que me sujetes todo el rato, no me

voy a caer —dice Sandra mientras se sienta en la cama, solo entonces se da cuenta de que la ha llamado por su nombre sin querer—. Perdona, ha sido un despiste —se disculpa la agente.

—Venga, tumbate, que hoy te has movido más de lo habitual y necesitas descansar —dice Antonia, que no tiene muy claro si es por la naturalidad con la que Sandra ha pronunciado su nombre, pero de nuevo, no le ha molestado escucharlo de sus labios.

Los siguientes minutos, Antonia se los pasa acomodando a Sandra y acribillándola con preguntas sobre todo lo que puede necesitar.

—¿Quieres que te traiga más agua? Un vaso puede ser poco —concluye Antonia mirando el vaso que le ha dejado en la mesita—, mejor te traigo una botella.

—Ya vale, Mayot —la detiene Sandra, angustiada al ver el repentino nerviosismo de la doctora—, estoy bien, y si necesito algo, te lo pediré, te lo prometo —dice la agente.

—¿Segura? No me fío, eres capaz de levantarte.

—¿Qué te pasa? —pregunta Sandra, muy seria—. Deberías estar comiendo en lugar de estar aquí conmigo. Has acomodado la habitación perfectamente, no podría estar más cómoda, en serio, ve a comer.

—Es que me siento culpable, si no fuera por mí... —insiste la doctora.

—Ya lo hemos hablado, Antonia, estaba haciendo mi trabajo y punto. Esto no fue culpa tuya.

La doctora asiente, pero no se mueve de su posición al lado de la puerta. Sandra la mira, interrogante.

—Te he tratado muy mal desde que nos conocemos.

Sandra no puede hacer otra cosa que reír.

—Esto también lo hemos hablado, Antonia. Ya te disculpaste conmigo en el hospital y está olvidado, deja de agobiarte, ¿quieres?

Antonia se queda quieta, ni responde ni hace una señal a Sandra que le indique que todo está resuelto.

—¿Te pasa algo más? —pregunta Sandra, que intuye que todo lo demás solo era una manera de allanar el camino hasta la verdadera razón de la inquietud de Antonia.

—Me pasas tú —dispara Antonia dejando a Sandra noqueada unos segundos.

La agente nota un aleteo de mariposas expandirse por su pecho antes de poder vocalizar una sola palabra mientras la mirada de Antonia le va quemando la piel.

—¿A qué te refieres? —logra preguntar la agente.

—No sé cómo parar lo que siento por ti —confiesa Antonia y Sandra siente que el corazón ya no le cabe en el pecho—, me gustas mucho y, aunque a veces seas un grano en el culo, no me imagino dejando de verte.

—Pues no dejes de verme —responde Sandra de inmediato.

Antonia sonríe y acaba soltando el aire por la nariz.

—Ya sabes lo que pienso de las relaciones con mujeres, son unas...

—Déjate de tonterías, Antonia —se enfada Sandra—. Ese pensamiento tuyo es muy absurdo, permíteme que te lo diga. Dices que las relaciones con mujeres son complicadas, pero llevas a tus espaldas dos matrimonios fracasados, ambos con hombres. Tu teoría es una mierda.

Antonia suelta una pequeña carcajada y se acerca a la cama hasta sentarse al lado de Sandra.

—No me has dejado terminar —dice sorprendiendo a la agente, que se disculpa con un mohín que enternece a la doctora—. Iba a decir que a pesar de lo que pienso, estoy dispuesta a dejarlo a un lado por ti.

Sandra se queda en blanco, quizá porque esperaba una explicación más larga y esa repentina declaración de Antonia la ha cogido por sorpresa. La doctora se tensa esperando una respuesta, pero no se mueve de la cama hasta que no llega.

—No tenemos que casarnos —responde Sandra al fin con una sonrisa tonta—, solo tenemos que empezar a salir y ver qué pasa, sin agobios. Tú piensas que con una mujer no te puede ir bien y la verdad es que yo pienso que no me puede ir bien con nadie porque jamás me he sentido lo suficientemente cómoda al lado de ninguna persona como para querer dar un paso más. Sin embargo, contigo sí que me siento así, por lo que las dos vamos a meternos en algo nuevo juntas.

—Suena bien —dice Antonia.

—¿A qué sí? —concuerta Sandra sonriendo.

Antonia le devuelve la sonrisa antes de inclinarse sobre ella para besarla.

CAPÍTULO 19

Han pasado doce días y la agente de la Policía Nacional Sandra Cruz se recupera favorablemente. Ha tenido que guardar reposo absoluto, pero no se queja, no ha hecho nada más que ir de la cama al sofá y viceversa, ver todas las series que tenía acumuladas y comido más de una guarrería que ha pedido por alguna de esas aplicaciones famosas que te llevan a casa lo que se te antoje. Sandra y Antonia han instaurado una rutina digna de una pareja que llevan años juntas, la doctora Mayot tuvo que volver al hospital porque Olga Montoya solo pudo darle tres días libres, así que la oncóloga salía muy pronto de su casa, se despedía de Sandra con un beso en los labios y por la tarde cuando regresaba, la policía la estaba esperando con una sonrisa y alguna merienda que se ingeniaba para crear. Luego pasaban la tarde tumbadas en el sofá hablando de todo, conociéndose más y creando lazos. Sandra no ha podido evitar sentir un aleteo propio de una adolescente enganchada a su primer amor y a Antonia, aunque ya se ha enamorado varias veces, le ha costado entender el sentimiento tan fuerte que siente por la agente.

Ha llegado el día en el que Sandra tiene que ir al hospital a que le quiten los puntos. Si por ella fuera, se los hubiera arrancado hace días porque no hacen más que tirarle de la piel y le impiden moverse con facilidad. La policía lleva unas cuantas noches inquieta, dormir al lado del cuerpo caliente de Antonia Mayot y no poder devorarlo cuando quiere, la está poniendo nerviosa, por eso hoy está más contenta de lo habitual y sale con tiempo de casa de Antonia para llegar a su cita médica antes de lo previsto.

—Sí, voy de camino. No te preocupes, nos vemos a la una y media —contesta Sandra a Álvaro, que la ha llamado, como cada día, para saber cómo está y para concretar la cita que tienen ese mediodía.

Sandra cuelga el teléfono sonriente e inmediatamente después habla también con su madre, que también la llama a todas horas. Cuando cuelga, está exultante, después de tantos días, por fin ve la calle y además comerá con su mejor amigo Álvaro y con Antonia que, para sorpresa de la policía, aceptó la invitación con agrado.

—Buenos días, tengo cita con la doctora Salcedo —dice Sandra en cuanto llega al mostrador de información del Hospital Universitario Santa Lucía.

—Tome asiento, ya la llamarán —contesta la mujer sin un ápice de simpatía.

Sandra camina por el pasillo y al sentarse le envía un mensaje a Antonia, tal como se lo había pedido, avisándola de que ya está en el hospital. Diez minutos después, la doctora Mayot aparece y en cuanto ve esa sonrisa ladeada de la policía, un repentino temblor de piernas hace que suelte un sonoro suspiro.

—¿Acalorada, Mayot? —pregunta Sandra con tono burlón cuando puede ver de cerca la mirada semi oscurecida de Antonia.

—Cansada —contesta Antonia, enfadada por quedar en evidencia—, algunas sí que tenemos que trabajar.

Sandra vuelve a sonreír y antes de que pueda contestar, su médica se asoma por la puerta de la consulta y la llama por su apellido. Ambas mujeres se levantan y entran al despacho.

—Ya era hora, Salcedo —se queja Antonia con su ya conocido tono borde.

La doctora se gira y la mira con interés. Nunca se ha acobardado ante Antonia y no entiende cómo medio hospital le teme si en el fondo es un trozo de pan.

—Algunas tenemos pacientes que atender y no tenemos el tiempo libre suficiente para acompañar a nuestras parejas a una cita médica —contesta mordaz—. No hagas que te invite a esperar fuera.

Antonia aprieta la mandíbula, la doctora Salcedo sabe muy bien cómo jugar sus cartas.

—¿Cómo te encuentras, Sandra? —pregunta la doctora ignorando la mirada asesina que le regala Antonia.

—Con ganas de volver al trabajo —contesta Sandra e intenta mantener el tipo porque si suelta la carcajada que la tiene asfixiada, Antonia Mayot acabará con su vida.

—Pocas personas me dan esa respuesta, la mayoría quiere estar de baja mucho tiempo con tal de no trabajar —comenta Salcedo—. Venga, tumbate en la camilla, que vamos a deshacernos de esos puntos.

Durante unos minutos, la doctora examina a Sandra, limpia la zona y retira los puntos. Felicita a la agente porque se da cuenta de que el reposo que hizo fue muy cuidado, haciendo que las heridas se curaran con rapidez y sin incidentes.

—Tuve una cuidadora muy estricta, casi no podía moverme —dice Sandra y le guiña un ojo a Antonia, que aguarda en silencio en una esquina.

—No me sorprende —contesta la doctora Salcedo y asoma un intento de sonrisa sabiendo que a Antonia seguramente le estará saliendo humo por las orejas—. Esto ya está, agente Cruz. No olvides aplicar la pomada tres veces al día para que las cicatrices se aclaren lo máximo posible.

Sandra le da las gracias a la doctora Salcedo y sale junto a una Antonia enfurruñada de la consulta.

—Cambia esa cara, que das miedo —dice Sandra sonriendo.

—Esa mujer saca lo peor de mí —contesta Antonia con el ceño fruncido.

—Sabes que te cae bien, es la única que te planta cara y, aun así, tienes buena relación con ella.

Antonia Mayot pone los ojos en blanco, no piensa seguir hablando de ese tema. Salcedo la irrita y punto, no va a admitir que, incluso, le tiene hasta cariño, igual que a Olga Montoya.

—Y te quejabas de que la comida no iba a gustarte —inquieta Sandra con una ceja levantada.

Antonia está, literalmente, chupándose los dedos después de acabar de comer no sabe cuántas piezas de pollo coreano. La doctora Mayot aseguraba que no iba a gustarle y casi obligada se ha sentado en ese local tan colorido que queda en el centro de la ciudad. Álvaro y Javi han elegido el lugar en su empeño de probar platillos de diferentes partes del mundo y pueden decir que han acertado.

—Pensaba que iba a tener salsas raras —contesta Antonia y estira la mano para coger una patata frita.

Sandra la mira y se pregunta si lo que siente es lo normal, que cada cosa que haga Antonia le guste mucho.

—Vamos a tomar el café en otro sitio —propone Javi—, a dos calles de aquí hay una cafetería donde hay gatitos.

Antonia afirma con la cabeza. Sandra niega.

—Nosotras tenemos que irnos —dice la agente—. Ya nos veremos otro día para ese café.

Antonia frunce el ceño a la vez que Javi dibuja una mueca de desconcierto. Álvaro no dice nada porque conoce muy bien a Sandra y su amiga tiene prisa por algo que no puede esperar.

Piden un taxi y las dos suben. Antonia no entiende la prisa de Sandra, pero esta tampoco le da muchas explicaciones, solo le dice que quiere llegar a casa. En cuanto llegan y atraviesan la puerta del apartamento de la oncóloga, la agente Cruz la arrincona y se pega a ella soltando un gemido cuando siente la presión de los pechos de Antonia.

—No sabes las ganas que tengo —suelta Sandra con la voz ronca y le muerde los labios a Antonia.

Ninguna de las dos sabe cómo han llegado al sofá, pero Antonia abre los ojos de golpe cuando siente que está a punto de correrse. Sandra está arrodillada entre sus piernas, lamiendo sus pliegues mientras, con tres dedos, la penetra sin descanso. Antonia separa más las piernas, esa combinación de lengua y dedos está acabando con su cordura y, aunque quisiera aguantar, se deja ir entre suspiros y gemidos controlados. La doctora Mayot se queda en la misma posición con el corazón taladrándole el pecho y observa como Sandra, que solo está desnuda de cintura para arriba, se quita los pantalones y las bragas en un solo movimiento.

—Quédate así, no te muevas —le pide Sandra con las pupilas dilatadas.

La policía trepa por el sofá y se posiciona para sentarse en la cara de Antonia. En cuanto siente el primer contacto, suelta un alarido de placer muy diferente a los de Antonia, que suelen ser más suaves. Sandra empieza con un baile sensual que luego se convierte en una danza frenética. Follarse la boca de Antonia Mayot está siendo más excitante de lo que había imaginado, pero cuando escucha un chapoteo y gira la cabeza para encontrarse con su compañera metiéndose los dedos de una mano y masturbándose con la otra, el orgasmo la golpea con tal intensidad que tiene que cogerse del sofá para no caerse.

Necesitan unos minutos para recuperarse, pero mientras lo hacen, las dos se acomodan en el sofá y Sandra apoya la cabeza en el pecho de Antonia. No sabe si es por el momento repleto de oxitocina, pero la agente de policía siente tantas cosas que no

puede controlarse.

—No sé si es demasiado pronto, pero el próximo fin de semana quiero ir a Sevilla y me encantaría que me acompañaras.

Antonia sonríe, aunque Sandra no pueda verla.

—Va a ser verdad que soy una intensa —contesta Antonia Mayot—, porque me encantaría ir contigo, conocer a todos los que quieras presentarme y perderme a tu lado por las calles de tu tierra.

EPÍLOGO

Dos meses después

—Yo ya estoy saliendo y voy para allá, ¿cuánto tardas en llegar? —pregunta Antonia, con el móvil pegado a la oreja mientras sus pasos resuenan por la acera.

—Acabo de terminar el turno, llego a El Pacto en veinte minutos como mucho —responde Sandra y Antonia mira su reloj.

Es viernes por la tarde y ambas han quedado en verse directamente allí, donde la doctora Olga Montoya les ha pedido que asistieran porque es el cumpleaños de Elena Silva y la primera parte de su celebración, será merendar una hamburguesa con las amigas.

—De acuerdo, yo llegaré antes, te espero allí.

—Genial, ve pidiéndome una cerveza bien fría —le pide Sandra.

—Oye, ¿esta noche dónde dormimos? —pregunta Antonia de repente.

Sandra tarda unos segundos en contestar mientras piensa la respuesta. No es que dude si quiere dormir o no con Antonia, eso lo tiene muy claro, de hecho, pasan tantas noches juntas que muchas mañanas se despierta y tiene que concentrarse para saber en qué apartamento se encuentra.

—En tu casa —responde Sandra finalmente—, el único uniforme que me queda limpio lo tengo allí, hemos de poner una lavadora urgentemente.

Antonia se ríe y asiente como si Sandra pudiera verla.

—Sí, mañana nos ocupamos de eso, ahora date prisa, que no quiero estar sola con esa panda de leonas —suelta Antonia.

—Me daré prisa, pero lo haré por ellas, porque la única leona que hay en todo el grupo eres tú —suelta en tono burlón antes de colgar.

Antonia pone los ojos en blanco y guarda el teléfono en el bolso. Aunque llevan poco tiempo, ya se ha acostumbrado al carácter descarado de Sandra y en el fondo le encanta. Además, cuando la acompañó a Sevilla y conoció a parte de su familia, Antonia se dio cuenta de que en eso Sandra es idéntica a su padre que, con su carácter simpático y bromista, logró que Antonia se relajara y se sintiera muy cómoda durante toda la visita.

Cuando Sandra llega, Antonia la recibe con una enorme sonrisa y la cerveza que le ha prometido. Después espera a que Sandra felicite a Elena y salude a Olga y a algunas amigas de Elena a las que también han invitado.

Una vez están todas sentadas a la mesa, aparece Irene Vallejo con una bandeja llena de chupitos.

—Esto es cortesía de la casa en honor a la cumpleañera —dice con un guiño y Elena se levanta y se abraza a ella.

—Espero que hayas incluido uno para ti —le dice Olga a Irene.

—Y para Alex, que viene por ahí —sonríe señalando la puerta.

Alejandra acelera el paso hasta la mesa y todas brindan por el cumpleaños de Elena Silva.

—Bueno, no ha estado mal —dice Antonia mientras ella y Sandra regresan a su apartamento dando un paseo.

—No, nada mal, me lo he pasado muy bien, aunque me hubiera gustado saber a dónde se llevaba Olga a Elena después de salir de la hamburguesería —comenta Sandra con intriga.

—A saber, quizá algún viaje de última hora como hacen a veces, o a la casa de la Sierra que todavía comparte con su exmujer —comenta Antonia.

—¿Olga tiene una casa en la Sierra? —pregunta Sandra sorprendida.

—Sí, desde hace años, y no, no se la voy a pedir.

Sandra sonríe divertida ante el comentario de Antonia porque le encanta cuando la doctora adivina su pensamiento.

—¿A mí también me darás una sorpresa para mi cumpleaños? —pregunta Sandra melosa.

Antonia la mira de reojo y le pasa una mano por la cintura.

—Para tu cumpleaños todavía faltan dos meses —responde Antonia, parca en palabras.

—¿Eso es que sí? —insiste Sandra, girándose hacia ella para estamparle un beso inesperado en la mejilla.

—Eso es que como sigas preguntando, esta noche dormirás en el sofá —amenaza la doctora y la carcajada estridente de Sandra, la hace detenerse en seco—. ¿De qué te ríes? —pregunta Antonia mosqueada.

—De ti —contesta Sandra abrazándose a ella—, porque eres una bocazas que sabe de sobra que no voy a dormir en el sofá —le canturrea en el oído y al terminar le besa el cuello.

Antonia siente la corriente recorrerle todo el cuerpo.

—Es verdad, no dormirás en el sofá, pero en la cama tampoco, porque te voy a tener trabajando toda la noche —dice Antonia, que la coge de la mano y tira de ella con prisas hasta el portal.